



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY



Facultad de
Psicología
UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

FACULTAD DE PSICOLOGÍA.

TRABAJO FINAL DE GRADO. MONOGRAFÍA.

***MIRADAS SOBRE LA PARENTALIDAD EN LA
ADOLESCENCIA.***

ESTUDIANTE: PRISCILLA CUELLO

C.I.: 4.411.750-4

TUTORA: ADRIANA TORTORELLA

FECHA ENTREGA: 30 DE OCTUBRE, 2016

MONTEVIDEO

Índice.

Resumen.....	3
Introducción.....	4
Lineamientos en torno a la adolescencia.....	5
Un poco de historia.....	5
¿Delimitación cronológica de la adolescencia?.....	5
Pubertad y Adolescencia.....	6
Adolescencia y trabajo psíquico adolescente.....	6
¿Culminación de la adolescencia?.....	8
Cambios familiares y nuevas realidades vinculares.....	8
Parentalidad.....	9
Función paterna.....	11
Acerca de las funciones parentales.....	12
Estilo parental.....	13
Parentalidad y adolescencia.....	15
Interdependencias entre padres e hijos adolescentes.....	15
Transmisión generacional.....	18
Edipo y adolescencia.....	19
Algunas conflictivas en torno al rol parental en la adolescencia.....	20
Los límites en la adolescencia.....	23
Vivencias de amparo y desamparo.....	24
Duelos adolescentes y duelos parentales.....	25
Adquisición de una imagen más realista de sus padres.....	27
Crisis adolescente, conformación de la identidad y figuras parentales.....	28
Investigación histórica familiar.....	31
El adolescente y las identificaciones.....	32
Conflicto y confrontación generacional.....	34
De la dependencia hacia la independencia.....	36
Consideraciones finales.....	39
Referencias bibliográficas.....	41

Resumen.

El presente trabajo se orienta a reflexionar acerca del lugar de la parentalidad en la adolescencia, cómo influyen y son necesarias las figuras parentales en los procesos subjetivos que atraviesa el adolescente, en especial, en la construcción de su identidad, y en la emancipación respecto a las figuras parentales, tareas esenciales en esta etapa.

Para ello, en principio, se aborda la noción de adolescencia, a través de diversas concepciones, y se refieren algunos de los procesos inherentes al desarrollo adolescente. Luego, se introduce la noción de Parentalidad, y se aborda el lugar de la ésta en los procesos adolescentes. Tomando algunos de los procesos que se desarrollan en la adolescencia, se pretende referir el lugar parental en torno a dichos procesos, en especial, en la construcción de la identidad adolescente.

Es escasa la bibliografía en torno al lugar y rol de los padres en la adolescencia, pero a través de diversos insumos teóricos, se intenta construir y dar cuenta en el presente desarrollo, al respecto de esta temática.

Es pertinente tener presente que no podemos esbozar ninguno de estos temas desligándolos del contexto en donde se desarrollan, ya que la reestructuración de la familia, el papel del consumo y la influencia de los Medios masivos de Difusión son características inseparables a la hora de pensar la Adolescencia y la Parentalidad, siendo que el contexto sienta las bases de un modo de ser y estar en el mundo, donde se van construyendo las subjetividades.

Palabras claves: Adolescencia – Parentalidad – Construcción de la Identidad – Emancipación adolescente

Introducción.

Se cree que aquellos que se interesan en estudiar la adolescencia (...) están aún transitando por sus laberintos sin conseguir encontrar el camino de salida.

Mario Waserman.

La adolescencia, es un tema del cual se habla mucho a nivel cotidiano, pero concibo que se la entiende poco, y se generan en torno a ella diferentes supuestos, los cuales no siempre se evidencian en los hechos. ¿Qué nos pasa con “la adolescencia”? Aparecen expresiones como: “los adolescentes son muy rebeldes”, o “son muy difíciles”, “los adolescentes no quieren hacer nada” o que la juventud cada vez está peor, entre otras. Estas expresiones son tan cotidianas, que las terminamos muchas veces internalizando, sin detenernos a pensar si esto realmente es así, y tendemos a generalizar. Por esta razón se considera pertinente tener en cuenta la singularidad de cada individuo y su contexto; en este sentido Marcelo Viñar habla de “las adolescencias”.

El interés en la presente temática surge a partir de la práctica en “Clínica con adolescentes”, donde nos encontramos con jóvenes que a pesar de sus singularidades, frecuentemente compartían un rasgo en común; un sentir de desamparo en torno a sus figuras parentales. Esta fue la razón que me llevó a cuestionar acerca del rol de los “padres” en el transcurso de la Adolescencia; en particular, cómo se conjuga lo parental en la conformación de la subjetividad e identidad adolescente. El entrecomillado, se debe a que hablar de “padres” no sería pertinente a las configuraciones familiares actuales, ya que no siempre son madre y padre biológicos los que desempeñan esta función. Por este motivo, se adopta el concepto de Parentalidad, y de figuras parentales, para referir a un rol, a una función paterna y materna, independientemente de quienes la ejerciten.

En palabras de Koremblit, se conoce mucho acerca de la parentalidad en la infancia, pero poco se habla del lugar de los padres en la adolescencia (Rotenberg, 2014). El presente trabajo pretende incursionar en esta temática, e invita a continuar reflexionando y problematizando en torno a estas cuestiones.

Lineamientos en torno a la Adolescencia.

Para comenzar el presente desarrollo, se cree pertinente destacar algunas nociones y puntualizaciones que permiten dar cuenta y comprender los procesos adolescentes, que confluyen en la construcción del concepto conocido como Adolescencia.

Un poco de historia.

Pensar en el surgimiento del fenómeno de la adolescencia, no se puede desligar de la Modernidad. Refiere Müller (2012), que se constituyó como fenómeno en el s. XX, mediante estudios de Stanley Hall y Margaret Mead.

Por su parte Klein (2002) sostiene que la adolescencia es producto de la Modernidad. Refiere que entre fines del siglo XIX, y 1955, se da el clímax de la adolescencia. Al respecto, Córdova explica que luego de la 2ª Guerra Mundial, el fenómeno de la adolescencia comenzó a expandirse, y estos jóvenes empezaron a diferenciarse del resto de la sociedad y a crear una cultura propia. Comienzan a desordenar y cuestionar el orden establecido. A través de los medios masivos de comunicación se van difundiendo globalmente los primeros iconos adolescentes, como la música, el rock, entre otros. (Grassi y Córdova, 2010)

Un cambio radical en el tema de la niñez y adolescencia se dio en el campo jurídico, en el s. XX, con reformas en los derechos de la infancia. (Grassi y Córdova, 2010)

Por su parte, Müller (2012) refiere que la adolescencia no es un fenómeno universal, sino que es una construcción histórico – social, dependiente del factor económico, social, cultural, y político de cada sociedad. En este lineamiento, García (2013) plantea que es una construcción cultural, y que no todos consensuan con ella.

¿Delimitación cronológica de la adolescencia?

La OMS delimita a la adolescencia entre los 10 y 19 años (Perdomo, 1996). La Declaración de los Derechos del Niño, la enmarca entre los 14 y 18 años, no como una etapa independiente sino como última parte de la niñez (Obiols y Di Segni, 2007). En el Código de la Niñez y la Adolescencia, se refiere a la adolescencia desde los 13 a los 18 años (2010).

Estos datos son pertinentes a la hora de poder contextualizar a la adolescencia como etapa evolutiva del ser humano. Sin embargo, la postura que se toma en este trabajo respecto a la adolescencia, es que no se trata de un período o etapa delimitada de la vida, sino que es un proceso en donde se producen una serie de desarrollos, los cuales se encuentran condicionados y en estrecha relación con el contexto sociocultural y económico de los individuos. Con “las

adolescencias”, Viñar hace referencia a este aspecto, además de considerar la singularidad propia de cada individuo (2009). Siguiendo al autor, la adolescencia es mucho más que una etapa cronológica de la vida y un desarrollo madurativo, sino que es un trabajo de transformación y crecimiento.

Podríamos concluir siguiendo a Perdomo (1996), que psicológicamente no se puede delimitar de forma exacta a la adolescencia, ni respecto a su inicio, y menos aún en cuanto a su finalización.

Pubertad y Adolescencia.

Cabe destacar que no son conceptos sinónimos, y señalan varios autores, que la pubertad tiene que ver con procesos biológicos, y la adolescencia con procesos psicológicos.

Perdomo (1996), menciona que la pubertad se relaciona con las transformaciones biológicas características de este período, y la adolescencia con los fenómenos psicosociales que la acompañan. Refiere que etimológicamente Pubertad significa “aparición de pelos”, y comienza alrededor de los 10 años. Estas transformaciones biológicas sí se producen de forma relativamente universal. Por otra parte adolescencia, etimológicamente significa proceso de crecimiento, que implica una crisis vital, entendiendo por crisis algo a resolver. Según la autora, el proceso psicológico de la adolescencia acompaña al biológico de la pubertad. Klein (2004), también reseña que la pubertad tiene que ver con los cambios somáticos, y la adolescencia con su significado psíquico. Explica que son procesos conjuntos, ya que sin la actividad psíquica adolescente, el cuerpo y sus cambios biológicos se encuentran sin trabajo de significación, por lo que se necesita de un trabajo psíquico, propio de la adolescencia.

Adolescencia y trabajo psíquico adolescente.

Para entender los procesos psíquicos inherentes al desarrollo adolescente, se referirán algunas concepciones pertinentes, y se mencionarán algunas de las “tareas” de este proceso adolescente. Fiorini (1993) plantea que la adolescencia es la fase más intensa del desarrollo humano, como trabajo psíquico, en relación a la elaboración y al carácter activo de los procesos psíquicos.

Siguiendo a Perdomo, la adolescencia podría definirse como una etapa evolutiva del ser humano, donde se conjugan aspectos biológicos, sociales y culturales, y a fin de conceptualizarla, dicha autora cita a Osorio quien la define como “un complejo psicosocial asentado en una base biológica” (Perdomo, 1996, p. 46).

Por su parte Kancyper (2004, 2013) describe que es una etapa intensa y dramática, donde tanto los padres como los adolescentes atraviesan duelos y angustias, produciéndose en el

adolescente un desprendimiento de sus padres, y una desideologización de la imagen que tenía de ellos en la infancia, y además, se da la culminación en esta etapa de su desarrollo sexual. Plantea además que es necesario y saludable que el hijo confronte con sus padres, y busque nuevos objetos sexuales y de amor. Refiere a este proceso como “confrontación generacional”, que permite al adolescente ir adquiriendo su propia identidad e individualidad. Por otro lado, Flechner (2003) menciona que el actuar es una característica de la adolescencia, y que en este período se produce una experiencia de los límites y el proceso de “volverse uno mismo”. Adhiriendo a la línea de Kancyper, describe que el poder oponerse a sus figuras parentales es esencial para poder preservar su propia personalidad. La adolescencia se trata de una búsqueda de una singularidad propia y crecimiento, que se conforma tanto de progresos como retrocesos, de logros y de fracasos. (S.A.P.P.A., 2011).

Como trabajo adolescente, Perdomo (1996) plantea:

(...) en un extremo a desprenderse progresivamente de la infancia con las pérdidas que esto implica (...) y la consiguiente elaboración de los duelos respectivos: duelo por el cuerpo infantil perdido, duelo por el rol y la identidad infantiles, y duelo por los padres protectores e idealizados de la infancia, como lo plantean Aberastury y Knobel. En el otro extremo se sitúa el acceso a la condición adulta, que implica compartir en forma responsable el mundo con los otros (...) Entre ambos extremos por lo tanto, la tarea psicológica consiste en un proceso de desarrollo personal que acompaña al crecimiento físico, aunque no siempre de forma sincrónica. (p. 51 – 52).

Y agrega,

Dado que la tarea de esta etapa consiste en un proceso de individuación que parte de la situación de dependencia del niño respecto a las figuras parentales para transitar hacia la autonomía del adulto, el conflicto predominante en la adolescencia es el de dependencia/independencia, y la rebeldía constituye un fenómeno imprescindible para separarse (...) (p.52).

Asimismo, cita a Osorio quien agrega que “sin rebeldía y sin protesta no hay adolescencia normal (...)” (Perdomo, 1996, p. 52).

Siendo una de las tareas de la adolescencia la conformación de la personalidad individual, en este sentido, Blos (1991) refiere que la estructura psíquica tiene su origen en la interacción del sujeto con su entorno. La estructuración psíquica del niño y adolescente, dependen en parte de su desarrollo corporal, pero también de los diversos sentidos que provienen del Otro familiar, que son las diferentes y múltiples significaciones con las que se las ve el sujeto por haber nacido en cierto grupo familiar. Confluyen varios factores, como lo corporal, lo parental, el medio ambiente, pero requiere del producto combinatorio, personal y singular. La producción de subjetividad, se conforma como una red, que interconecta cuerpo, historia del sujeto, el medio, la cultura y la genealogía. Trabajo que debe realizar el adolescente, que lo lleve “de una dependencia absoluta, a una independencia relativa (Winnicott, 1972)” (Grassi y Córdova, 2010, p.20).

Siguiendo a Aberastury (1959), la ambivalencia es característica del adolescente, moviéndose entre los carriles de los opuestos, entre la necesidad de comunicación y la necesidad de soledad; entre la bondad y la maldad; entre el egoísmo y el altruismo; entre tendencia a la suciedad, y la limpieza, entre la dependencia y la independencia. También Garbarino M. y Garbarino H. (1961-1962), hacen referencia a esta tendencia contradictoria de los adolescentes, por un lado ligada al cambio, y por otro, una resistencia al cambio, generando una conflictiva; de ahí la imagen muchas veces contradictoria del adolescente, donde se perciben conjuntamente actitudes infantiles, con otras maduras.

¿Culminación de la adolescencia?

El fin de la adolescencia es impreciso. Varios autores señalan el hecho de que se produce en la posmodernidad una prolongación de la adolescencia. Al respecto, Dolto plantea que se origina un fenómeno de postadolescencia, que no permite delimitarla claramente. Para la autora, no hay madurez hasta no haber independencia económica (Obiols y Di Segni, 2007).

Obiols y Di Segni (2007), sostienen que en la posmodernidad la adolescencia se plantea como modelo social, produciéndose una “adolescentización” de la sociedad; ya no es vivida como una etapa incómoda de la que se quiere salir, sino que comienza a ser un estado “casi ideal”, ya que el adolescente no asume demasiadas responsabilidades adultas; prolongando los beneficios de la infancia pero con la libertad de los adultos. En este sentido Waserman se pregunta si alguna vez sale completamente de la adolescencia. (Grassi y Córdova, 2010)

Cambios familiares y nuevas realidades vinculares.

Para poder arribar al concepto de Parentalidad, se debe previamente contextualizar los incipientes cambios sociales, los cuales necesariamente hacen emerger este concepto.

Según García (2013), a partir de los años 60, se fueron estructurando las nuevas configuraciones familiares. Las anteriores estructuras familiares con vínculos fijos, comienzan a sufrir separaciones cada vez más frecuentes.

Dentro de los cambios en las configuraciones familiares aparecen: aumento de divorcios, disminución de matrimonios, ejercicio unilateral de la patria potestad, familias ensambladas, familias reconstituidas, uniones libres, nacimientos fuera del matrimonio, reproducción asistida, adopciones, familias homoparentales, familias monoparentales, entre otras.

Plantea García (2013) que la novela familiar freudiana edípica, la cual primero se nos aparece en la mente al pensar en una familia, refiere a una estructura familiar tradicional, heterosexual, de estilo patriarcal. Córdova respecto a la familia patriarcal describe:

Esta familia, fundada en la alianza matrimonial a partir de la prohibición del incesto y las diferencias sexuales y generacionales, parece hoy eclipsada por la creación de múltiples y fragmentarios escenarios familiares que se configuran y des – configuran en torno a nuevos lazos parentales (Grassi y Córdova, 2010, p. 75).

Hay que re plantearse los supuestos psicoanalíticos a la luz de las nuevas configuraciones familiares, y se debe tener en cuenta que el Complejo de Edipo es propio de una organización patriarcal y de la familia burguesa, que se universalizó. (Gil y Núñez, 2002).

En torno a las nuevas configuraciones familiares, y tomando en cuenta las diversas uniones sexuales, el Instituto del Niño y Adolescente del Uruguay (2014) plantea que en el campo del derecho ha habido transformaciones, respecto a la legalidad de intercambios sexuales, y en las formas de descendencia; estos cambios surgidos a raíz de las luchas por la igualdad de derechos. Según Agrest, con la unión legal de las parejas homosexuales, quedó habilitada la posibilidad y derecho a la adopción o a la utilización de diferentes técnicas reproductivas (en Rotenberg, 2014).

INAU (2014) destaca la necesidad de estudiar estos cambios familiares para poder saber cómo trabajar con los niños y adolescentes. Por otra parte, sostiene que las diferentes estructuras familiares son aptas y capacitadas para la crianza de los niños y adolescentes.

“(…) es factible suponer que las familias uruguayas tenderán a conformarse cada vez más según un patrón caracterizado por la desinstitucionalización de los vínculos conyugales, por la inestabilidad de las uniones, y por una mayor diversidad de arreglos familiares”. (Universidad de la República y Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia, 2015, p. 9)

Parentalidad.

Este concepto da cuenta de que a partir de las nuevas estructuras familiares y los cambios que han sucedido en la familia, como se desarrolló anteriormente, ya no basta hablar de padre o madre en sentido tradicional, sino que se trata más bien de funciones, más allá de quien las desempeñe. INAU (2014) refiere que la Parentalidad, elude las connotaciones patriarcales, siendo un concepto integrador que remite a los agrupamientos familiares y sociales actuales. El surgimiento de la noción de parentalidad podría ser síntoma y resultado de las transformaciones que han sufrido las familias. Cuando la familia tradicional se estructuraba fundada en el matrimonio, con roles bien definidos de padre y madre, los conceptos de padre y madre parecían ser suficientes, pero con las

transformaciones de las estructuras familiares, nuevos actores toman lugar en el escenario familiar. (Martin, 2003)

Fainstein, señala que el concepto es acuñado por Racamaier, en 1961, y que va más allá de la función materna y paterna, o de sostén y tercerizante. Se trata de un proceso psíquico y afectivo, por el cual los padres pueden llegar a responder a las necesidades corporales, psíquicas y afectivas de sus hijos (Rotenberg, 2014).

Plantea Neyrick:

El recurso a este neologismo que hasta el día de hoy no ha recibido ninguna definición ni en el diccionario del lenguaje usual ni como término jurídico, releva una exigencia, una necesidad... la de consagrar una competencia parental (...) remite a una aptitud de hecho, en tanto que el parentesco remite a un lugar jurídico. Se pone en el lugar del padre, no a un ascendiente, sino a aquel que desempeña correctamente un papel de padre (Martin, 2003, p.10).

Hoy en día se habla de “monoparentalidad”, “parentalidad adoptiva”, “homoparentalidad”, “abueloparentalidad”, entre otros, lo que indica que el lugar de padre puede ser ocupado por uno sólo de los padres, por un padre homosexual, o por una pluralidad que hace la función de padres. (Martin, 2003)

Según Wechsler (2013) los niños criados por personas del mismo sexo, o nacidos mediante implantación de óvulos, o cualquier otra manera, contarán igualmente con el recurso de lo simbólico, cuya fantasía de la escena primaria será una construcción singular de cada uno. Estos nuevos sujetos construirán de alguna manera al tercero y la diferencia sexual. En este sentido, plantea que el padre real no garantiza su función simbólica. Se hace presente la noción de un padre simbólico, y esta función simbólica está en el centro de la transmisión de la castración, según la autora.

Es pertinente el planteo de Gil y Núñez (2002) quienes refieren a la “función narcisizante” como la función materna, y la “función de corte”, como la función paterna. Estas designaciones son más adecuadas ya que se relacionan con funciones y no con el sexo o género.

Asimismo se debe tener en cuenta lo que plantea Guerra (2000) que las formas de ejercer la parentalidad están relacionadas a las representaciones e ideales culturales sobre la parentalidad, también sobre la historia infantil de los padres, sus pautas de apego adquiridas, reactivando su pasado infantil en relación al hijo, donde muchas veces aparecen duelos no resueltos. Explica que estas Representaciones Culturales sobre la Parentalidad, forman parte de todos nosotros y son pautas que se transmiten consciente e inconscientemente sobre un modelo esperado de conducta parental, generando sentidos de “ser padres”.

Función paterna.

Hablar de Parentalidad, requiere hacer alusión a la Función Paterna, que conforma la médula espinal de aquella.

García (2013) plantea que tal función es un concepto de cuño lacaniano que habla de una función simbólica de ley o castración. Por su parte, Casas de Pereda (1994) refiere que la diferencia de los sexos y la castración simbólica que implican la estructuración psíquica, son elementos esenciales que la función paterna habilita.

Para Freud, la trama familiar y sus roles, decantan en la organización psíquica. Según él, el superyó es una instancia heredada de la relación con el padre. En el encuentro con el otro (materno y paterno) es que se estructura la identidad. (Casas de Pereda, 1994).

Para Viñar (2013), la función paterna es interiorización de la autoridad, función del No, del límite, de la prohibición. Plantea que la definición de los límites entre lo permitido y lo prohibido, siempre ha sido uno de los vectores permanentes de la función paterna en el conflicto intergeneracional. Es una frontera que distingue, simbólicamente, la habilitación o prohibición de las relaciones sexuales, prohibición y horror al incesto. En este sentido, M. Casas señala: "(...) El no a las demandas, límite al placer, va desde vivencias de frustración a elaboración de límites, y organiza, en el lenguaje freudiano, los diques que prefiguran una instancia psíquica: el superyó". (Guerra, 2000, p. 11)

Según M. Casas,

La función del padre, como función ordenadora, es la que en última instancia pone de relieve la diferencia de los sexos, y da lugar a la organización identificatoria, donde circulan los diversos lugares que ocupan los progenitores en la peripecia singular de la organización psíquica (en Guerra, 2000, p. 12).

Refiere Viñar (2011), que la función paterna, la ejerza un hombre o mujer, tiene como eje el reconocimiento de la incompletud, de la necesidad del otro, del diferente, del áter, como complemento imprescindible para definir la humanidad.

En este sentido Tenenbaum (2015) menciona que es fundamental para la constitución de un sujeto, la función separadora, simbolizante, que en la sociedad patriarcal se asociaba al padre, como vértice que ejerce la prohibición en el triángulo edípico. Señala Bernardi que los elementos de terceridad hacen posible el reconocimiento del otro, y debe estar presente desde el inicio de los vínculos, para que el niño pueda desarrollar un sentido de sí mismo y de la relación con los otros. (2014).

La imagen de padre y madre nos acompaña a lo largo de toda nuestra existencia, más allá de las diferentes crianzas. La experiencia del niño con el padre se orienta en torno a dos polos: por un lado, los imagos paternos, y las fantasías originarias internas, y por otro lado, la novedad, y la

alteridad en la relación real. Las imágenes de padre y madre internas, fueron conceptualizadas por Freud y Jung como “imágenes”. El Complejo de Edipo puede organizarse en torno a imágenes que no coinciden necesariamente con las características de los padres reales. (Bernardi, 2014).

Según Wechsler (2013) es la cultura y el lenguaje los que transmiten la prohibición del incesto, a través de las generaciones, más allá de los cambios familiares. Refiere que no es necesaria la configuración edípica tradicional: padre madre hijo. “La instancia del padre simbólico, operador central en Psicoanálisis, es por tanto el referente transmitido de generación en generación de la prohibición del incesto. Cada padre o suplente es transmisor – aun sin saberlo- de esta función fundamental” (p. 94).

Goldstein refiere que el padre simbólico, los nombres del padre, o función paterna, son distintas maneras de referirse a la agencia responsable de introducir al sujeto en la cultura. Es una función de corte, función de separación. Un ejemplo de esto, es la función de maestros y médicos, que tienen autoridad de separar al hijo de la madre, ejerciendo una función de terceridad, asumiendo la autoridad (Rotenberg, 2014).

Acerca de las funciones parentales

Grassi y Córdova (2010) plantean que las funciones parentales son funciones simbólicas ejercidas en los primeros años de vida hasta finales de la adolescencia, esencialmente por el grupo familiar, que lleva a cargo la crianza. Señala que el cuerpo (erógeno), el psiquismo y las funciones parentales se van construyendo articuladamente. Fainstein, señala que los efectos estructurantes de la parentalidad se producen hasta el fin de la adolescencia. (Rotenberg, 2014).

Sallés y Ger (2011), refieren que lo que importa es que los niños sean criados y educados en un ambiente de aceptación, de respeto, de afecto, de estimulación, para su correcto desarrollo físico y mental. Los padres deben llevar a cabo la responsabilidad de promover valores, actitudes, comportamientos saludables y responsables, favoreciendo el desarrollo sano de los hijos. Para que los padres o los miembros de la familia ejerzan tal rol, deben disponer de competencias y recursos para poder responder las diferentes problemáticas y necesidades familiares.

Lambersky de Widder, señala que los padres son un modelo para el hijo, y depende de ellos que el hijo se desarrolle adecuadamente. Deben valorizar el deseo del hijo, y a su vez, deben denegar la satisfacción del mismo. Estas son funciones fundamentales de un padre, quien también le señala al hijo la prohibición mediante la palabra, pero para que el padre sea capaz de esto, debe haber sido marcado él mismo por la prohibición (Rotenberg, 2014).

Por otro lado Gutton plantea que,

El púber necesita de la presencia de los referentes adultos a fin de proseguir en un movimiento centrifugo con su crecimiento, le urge (...) probar los límites de su propia corporeidad, pero, si el otro desaparece como referente, puede suceder que la dimensión de cierto riesgo se transforme en aniquilación. (Grassi y Córdova, 2010, p. 95).

Para Viñar (2013), no se trata de la severidad o laxitud, sino que la ausencia de límites suprime el borde entre la prohibición y transgresión. Refiere que al suprimir la prohibición, queda abolida la transgresión, teniendo en cuenta que ésta y la desmesura son un momento clave de la emancipación adolescente.

Por su parte, Lustgarten de Canteros, refiere que no produce los mismos efectos si el límite se produce como mero castigo, que si se ejerce desde un cuidado necesario, como responsabilidad de irlo frustrando, poniendo un tope a la omnipotencia del deseo del hijo. En tal sentido, Winnicott, planteaba la idea de una madre suficientemente buena, en relación a la función parental. Cuando se da un sostenimiento suficientemente bueno, se da la posibilidad de frustrar al hijo, favoreciendo la integración. Según Lustgarten de Canteros, un rasgo de la parentalidad, es la maleabilidad, flexibilidad que permite “endurecerse y ablandarse”, entre retar y sonreír. La firmeza surge desde el cuidado, donde el límite se ejerce como freno, como muro frente a un caos peligroso. (Rotenberg, 2014).

Estilo parental.

Es pertinente en el presente trabajo, ya que la forma en que se desarrollan las prácticas parentales, conformarán los vínculos entre las figuras parentales y los hijos, y en especial, el desarrollo de la subjetividad adolescente, que es lo que compete al presente.

Debemos tener en cuenta que la forma de “ser padres” tiene que ver con el contexto de las personas, y con sus propias historias familiares e infantiles. Las características de los hijos tienen que ver en cómo los padres ejercen su parentalidad. Cabe destacar que el hijo lo construye como padre, y ambos van aprendiendo juntos sus roles respectivos. (UdelaR y Unicef, 2015).

Es pertinente el planteo de Oliva (2006), quien describe que las claves del estilo parental son: el afecto, la comunicación, los conflictos, el control y la promoción de autonomía.

El afecto según es la dimensión más importante en la relación entre padres e hijos. Tiene que ver con la cercanía emocional y el apoyo. También está en relación con la comunicación, que se ve comprometida en la adolescencia por un aumento en la reticencia de éstos de hablar de sus asuntos. El afecto es muy significativo para el desarrollo adolescente, aunque se distancie comunicativa y afectuosamente, igualmente es favorable para él que los padres sean afectuosos, comunicativos, cercanos y lo apoyen en sus conflictos. Cuando la relación entre padres e hijos se

caracteriza por un clima positivo de afecto, apoyo y comunicación, los adolescentes muestran un mejor ajuste psicosocial, confianza en sí mismo, autoestima, bienestar psicológico, competencia conductual y académica, menos síntomas depresivos, etc. También es probable que los hijos no se rebelen ante las estrategias de control de sus padres, si existe un clima emocional favorable.

Respecto a los conflictos, los puntos que más suelen generarlos son los horarios de salida, el tiempo dedicado al estudio, entre otros. Las estrategias empleadas para la resolución de conflictos van cambiando a medida que transcurre la adolescencia, ya que en un principio, es difícil que el adolescente prematuro logre sostener una discusión, sino que es más probable que la abandone y se retire o que adopte lo que le dicen los padres. De a poco va aumentando su capacidad de negociación, lo que favorece una reestructuración familiar en torno a los roles y expectativas. Esto favorecerá la construcción de su propia identidad, y el aprendizaje de estrategias de negociación y resolución de problemas. Toma Oliva (2006) los planteos de Allen y Land, quienes manifiestan que si la díada padres – hijos no se acompaña de un apego seguro, la carga emocional que acompaña los conflictos es mucho mayor, pudiendo producir una retirada del adolescente y no resolver el conflicto.

El control, refiere a las estrategias de los padres respecto al establecimiento de normas y límites, que exige responsabilidad y conocimiento de las actividades que realizan los hijos por parte de los padres. El control va disminuyendo a medida que avanza la adolescencia. Es tan perjudicial su exceso, como su carencia. Algunos autores refieren que los padres que ejercen menos control sobre sus hijos, obtienen espontáneamente información de los hijos. Oliva (2006), refiere que a pesar de las diferentes posturas, es recomendable que los padres se informen de las actividades, amistades, paraderos de sus hijos, y la mejor manera para esto, es mantener una relación cercana, afectiva, comunicativa y de confianza con sus hijos. El control debería ir descendiendo a medida que crece el adolescente, brindándole una mayor autonomía y libertad.

El fomento de la autonomía tiene que ver con estimular y respetar. Refiere a prácticas parentales que se encaminan a que los hijos desarrollen mayor capacidad de pensar, formar opiniones propias, tomar decisiones por sí mismos, intercambios de puntos de vistas, y tomar decisiones que discrepen con las propias, aumentando a medida que crece el adolescente. Los padres que fomentan la autonomía de sus hijos, estos presentan un mejor ajuste social e individual, pero los padres que no fomentan la autonomía de sus hijos ni aceptan su individualidad, limitan su desarrollo personal, y los hijos presentan síntomas de ansiedad y depresión, lo que dificulta el logro de la identidad personal. A veces los padres que no estimulan la autonomía del hijo, utilizan estrategias de control psicológico, por ejemplo, inducción de culpa, o retirada de afecto cuando los hijos no se comportan como ellos esperan. También es frecuente que desarrollen problemas de conducta, como vía de escape o como forma de rebelarse contra los padres.

Siguiendo a Oliva (2006) es importante que los padres puedan desarrollar un estilo parental adecuado, combinando afecto, comunicación, apoyo, y fomento de la autonomía de sus hijos.

Parentalidad y adolescencia.

A partir de los lineamientos en torno a la adolescencia, descritos al principio del desarrollo del presente trabajo, se tomarán como punto de partida para reflexionar acerca de la parentalidad en torno a los mencionados procesos adolescentes. Se desarrollarán algunos de los aspectos que se consideran esenciales en relación a las figuras parentales en la construcción de la subjetividad adolescente, en especial, en el proceso de elaboración de su identidad, y en el transcurso desde una dependencia absoluta hacia una independencia relativa respecto a sus figuras parentales, para lograr insertarse en el mundo adulto. Estos lineamientos ofrecerán una base desde dónde seguir pensando y problematizando esta temática.

Interdependencias entre padres e hijos adolescentes

Se considera pertinente mencionar el pensamiento de Rotenberg (2014) quien plantea que es útil para entender las relaciones entre padres e hijos, el término de García Badaracco de “interdependencia”, que incluye el concepto de vínculo, y da cuenta de los procesos conscientes e inconscientes, sostenidos por padres e hijos. Como entramado psíquico, el concepto abarca también lo transgeneracional e incluye además el factor de lo dilemático. Señala que lo enriquecedor de este concepto, es que toma en cuenta la paradoja de la parentalidad – filiación, ya que los vínculos pueden ser tanto fusionales como discriminados, narcisistas y edípicos, entre otros., ahí radica lo dilemático. Refiere además a la dependencia de ambos, una real por parte del hijo, pero emocional para los dos.

En palabras de Kancyper, la adolescencia exige un trabajo psíquico tanto para los propios adolescentes como para sus padres, en donde la resignificación también se da para ambos, en una dimensión vincular (Klein, 2002). Por su parte, Garbarino M. y Garbarino H. (1961-1962), se refieren al vínculo como una interrelación, donde cualquier transformación producida en el adolescente, tiene impacto en los padres. Tanto en los hijos como en los padres hay por un lado, tendencias regresivas o conservadoras que se oponen al cambio, y por otro lado, tendencias progresivas o renovadoras.

Stenger describe que las interdependencias entre padres e hijos, al igual que cualquier relación humana, pueden ser saludables o patógenas. Cuando son patógenas, se producen detenciones en el desarrollo, que pueden manifestarse en lo corporal, en lo conductual, y pueden originar patologías. Propone como ejemplo, cuando los padres no pueden separarse del hijo, quedando

ambos atrapados en un vínculo enfermizo, que no permite la individuación y separación del hijo, con sus implicancias en torno al necesario proceso de individuación adolescente. Por eso es importante que los padres puedan mirar al hijo como otro, como un ser singular (Rotenberg, 2014). Petterson en este sentido enfatiza la importancia de la trama vincular parental, en cuanto a la calidad de los vínculos entre padres e hijos, a su estabilidad, a lo afectivo y a unos límites adecuados, que permitan transitar una adolescencia sin mayor patología (Rotenberg, 2014).

Un elemento central que forma parte del vínculo entre padres e hijos y que es esencial en la conformación de su subjetividad, es el afecto. Jersild (1968) plantea: “La experiencia de ser amado y de amar es una de las esenciales para el sano desarrollo humano” (p. 217). Adhiriendo al planteo, el amor es esencial en todas las etapas de la vida, pero en la adolescencia, el sentirse amado por sus padres es vital para su proceso de crecimiento. Siguiendo a dicho autor, “un amor paterno fuertemente cimentado durante la niñez proporciona al pequeño un recuerdo de valor inestimable cuando inicia su curso de adolescente. Y la seguridad constante del amor de sus padres es algo muy valioso durante esos años adolescentes” (p. 217). El adolescente que se siente amado desarrolla una confianza en sí mismo; aunque se pelee con sus padres, sabe que cuenta con su amor, y goza de mayor libertad para poner a prueba sus capacidades, puede dejarse llevar y cometer errores, puede luchar por sus ideales y confrontar con sus padres, sin tener luego que lidiar contra un rechazo de ellos. En este sentido Oliva (2006), plantea que el adolescente se ve muy favorecido cuando sus padres son afectuosos, comunicativos, y los animan a ser autónomos.

Por otro lado, Jersild (1968) da cuenta que el adolescente que no se siente amado, se enfrentará con las incertidumbres de la vida y con sus daños sin las figuras parentales que lo guíen o lo estimulen, y dependerá de sus propios recursos exclusivamente. También plantea que un adolescente puede sentirse rechazado por los padres aunque esto no sea así por parte de ellos; por ejemplo, cuando se niegan o no pueden satisfacerlos en algo. La conducta de los padres afecta al desarrollo de los hijos en la medida en que éstos los perciben, es decir, lo que importa, es lo que el hijo siente psicológicamente, aunque objetivamente esto no sea así.

Otro elemento a tener en cuenta, es la comunicación entre padres e hijos, que en la adolescencia sufre algunos cambios. Jersild (1968) sostiene que es conveniente una buena comunicación por parte de ambos, donde puedan expresarse y comunicar sus sentimientos, pero esto no es sucede fácilmente. Dolto, por su parte, plantea que los padres deben darle una voz, pedirle opinión, participación, animarlo, donde una actitud indiferente, agresiva o celosa de los adultos no ayuda a los adolescentes al contacto con el mundo (Klein, 2002). También Aberastury (1969) enfatiza el hecho de que los padres deben escuchar a sus hijos adolescentes; ellos no quieren consejos, ni que sus experiencias sean juzgadas o criticadas, sino que buscan y necesitan ser escuchados. En relación a lo antedicho, Jersild (1968) señala que los hijos que pueden confiar más libremente en sus padres desarrollan una mejor adaptación que aquellos que no la tienen. Pero en el otro

extremo, depender de grado indebido de sus padres tampoco es saludable para el crecimiento adolescente.

Por otra parte en palabras de Kancyper, “el adolescente y sus padres atraviesan, durante la fase de la adolescencia, frecuentes escándalos desencadenados, entre otros motivos, por el recambio pulsional que se suscita en la adolescencia y la menopausia respectivamente” (Rotenberg, 2014, p. 242). En este sentido Oliva (2006) explica que los cambios hormonales adolescentes provocan efectos en sus estados de ánimo, lo cual también podría pensarse en torno a los procesos que atraviesan los padres. Estos cambios emocionales y la creciente sexualidad del adolescente, pueden incidir en que los padres traten de controlarlos más, en torno a sus salidas, a las amistades, entre otros. Al respecto, Koremblyt señala que pareciera que se diera un Edipo al revés, ya que en la niñez, él era curioso de la vida de sus padres, pero en la adolescencia son los padres los que curiosean lo que hacen sus hijos (Rotenberg, 2014). Asimismo los cambios cognitivos, consecuencia del pensamiento operatorio formal, hacen que los adolescentes sean más críticos con las normas familiares y desafíen la autoridad parental, comenzando a desidealizar a sus figuras parentales, y a transcurrir más tiempo con su grupo de amigos. Sucede además que los padres muchas veces tienen ciertas expectativas hacia su hijo que cuando no se cumplen, generan conflictos y malestar emocional entre ambos. (Oliva, 2006)

El desprendimiento que el adolescente va experimentando en torno a sus figuras parentales, deviene, en parte, del cuestionamiento de los mismos a sus padres. En este sentido, Koremblyt (Rotenberg, 2014) describe que la adolescencia es un período de enfrentamiento con los padres, donde se pone a prueba la capacidad de transformación de éstos, ya que por momentos el adolescente se muestra cariñoso, lo cual genera en los padres sentimientos de alegría; pero otros momentos puede resultar agresivo, tratándolos con desprecio, lo cual les provoca malestar. Por su parte, Aberastury (1959) plantea que la hostilidad de los adolescentes hacia sus padres y hacia el mundo en general, se expresa en su desconfianza y en la idea de no ser comprendido. Se produce una especie de círculo vicioso, ya que los padres al sentirse criticados y enjuiciados, reaccionan con un reforzamiento de su autoridad, y siguiendo a Aberastury (1969), a mayor presión parental los adolescentes reaccionan aún con más violencia.

En cuanto a las crisis y conflictos que aparecen con la adolescencia, Nasio sugiere que los padres no deben ni banalizar ni dramatizar los problemas adolescentes. En este sentido Koremblyt plantea que no se trata de combatirlas, ni de intentar curarlas, sino de acompañarlas y aceptarlas, y que los padres no deben alejarse porque el hijo se vuelve adulto, sino todo lo contrario, deben encuadrar a sus hijos para que se calmen (Rotenberg, 2014). Es por esto que es sano para ambos, que los padres puedan comprender los procesos que se dan en la adolescencia, para así, poder acompañar a su hijo a través de las diversas situaciones que atraviese.

A pesar de todos estos cambios y conflictos que aparecen en la adolescencia, Oliva (2006) señala que debemos alejarnos de una visión fatalista de las relaciones entre adolescentes y sus padres, ya que si bien puede haber conflictos y dificultades, las relaciones también pueden ser positivas y satisfactorias. Si bien con la llegada de la adolescencia, puede haber ciertas perturbaciones en el seno familiar, las discusiones y enfrentamientos conviven también con momentos de armonía y expresión de afectos positivos, y luego de atravesar ciertos momentos de desequilibrio, la familia se irá estabilizando progresivamente, configurándose un nuevo patrón de relaciones entre padres e hijos.

Transmisión generacional.

Al referir a la interdependencia entre padres e hijos, la transmisión generacional no puede dejarse de lado, ya que se encuentra implícita en el vínculo, formando parte de la construcción de la identidad y subjetividad del adolescente, y que permite además comprender algunas patologías ligadas a la historia de sus figuras parentales.

Explica Rozenbaum, (Rotenberg, 2014), que los progenitores tienen una historia que los precede, donde sucede que a menudo están afectados por historias familiares no tramitadas, lo cual repercutirá en la forma de ejercer la parentalidad, provocando diversos síntomas en los hijos. Esto lleva a pensar en la transmisión psíquica y el concepto de intersubjetividad. Los traumas tienen potenciales efectos patógenos, que pueden generar síntomas que ligan a las generaciones. Es importante tener presente estas cuestiones cuando vemos que se repiten historias entre padres e hijos. Muchas veces se tratan de hechos con característica de “secreto”, ya que no se mencionan pero igualmente generan efectos. La importancia de la transmisión, es que permite poder entender muchos contenidos psíquicos que hacen síntoma en el hijo. Siguiendo esta línea, Grassi y Córdova (2010) plantean que cuando se vinculan la subjetividad y la genealogía, lo traumático se pone en juego en la transmisión de generación a generación. “(...) un potencial traumático vinculado a la prehistoria, y siempre sujeto a elaboraciones posteriores, interviene en los procesos psicopatológicos del niño / adolescente.” (p. 70). En este sentido, las transmisiones inconscientes de los padres y antecesores que no quedaron superadas, pueden tener la carga de tener que tramitarse en la actual generación.

Pero este proceso, sostiene Rozenbaum (Rotenberg, 2014), que no se trata solamente de quién transmite y quién recibe, sino de cómo el receptor lo recibe, donde interviene lo singular y el poder transformador de cada uno, para no caer en fatalismo de lo ya dado, puesto que la genealogía no decreta necesariamente futuro.

De todas maneras, Rozenbaum aclara que la transmisión no tiene que ver solamente con lo traumático, sino que es un proceso propio de la cultura. Está presente en el vínculo de padres e

hijos y en las configuraciones familiares, por haber nacido en un hogar en particular. Refiere a una historia que se transmite al psiquismo del hijo, en identificaciones inconscientes que encadenan varias generaciones (Rotenberg, 2014).

Edipo y Adolescencia.

El Edipo en la adolescencia es un tema que no se puede dejar de lado, en torno a las figuras parentales, y la subjetividad adolescente. Según Perdomo (1996), la reedición de la conflictiva edípica es estructurante en la personalidad del adolescente, pero además no sólo se desarrolla en él, sino también en sus padres. En palabras de Garbarino, M. y Garbarino, H. (1961-1962) al Edipo del adolescente, le corresponde el Edipo de los padres.

Siguiendo los planteos de Garbarino, M. y Garbarino, H. (1961-1962), para poder crecer e ingresar al mundo adulto, que es la tarea primordial del adolescente, debe recrear el conflicto básico infantil, es decir, el Complejo de Edipo. De las vicisitudes de esta re – creación dependerá su inserción exitosa en el mundo. En la adolescencia se da una reedición de este Complejo, el cual está en parte condicionado por la estructura que haya adquirido durante la evolución de la sexualidad infantil. No es una repetición, ya que influyen elementos propios del presente, donde el yo se encuentra más desarrollado, y la estructura familiar es diferente. El Edipo es el conflicto básico de la adolescencia, y generador de diversas angustias. Siguiendo lo planteado por Freud, la sexualidad infantil se caracteriza por la existencia de instintos parciales y de diferentes zonas erógenas, que al evolucionar a la sexualidad de la pubertad, se ordenan alrededor de la zona genital, donde las funciones sexuales alcanzan su completo desarrollo y el sujeto además adquiere la capacidad de reproducción.

Señalan que las urgencias instintivas y anímicas del adolescente se descargan a través de la masturbación, pero si bien constituye una descarga de sus necesidades sexuales, también es causante de sentimientos de culpa y ansiedad. Dicha práctica se acompaña de fantasías incestuosas. Schroeder (2004) sostiene que la resignificación edípica en la adolescencia, supone una reactivación de los impulsos incestuosos respecto a los progenitores, y en este sentido Garbarino, M. y Garbarino, H. (1961-1962) explican que los primeros objetos que busca el púber son los padres, pero en virtud de la represión de las tendencias incestuosas, se orienta hacia otros objetos.

Describen Garbarino, M. y Garbarino, H. (1961-1962) que al igual que el niño, el adolescente recurre a métodos primitivos de defensa, como la disociación, separando amor y odio, y dirige ambos afectos hacia objetos fuera del círculo familiar. Otra defensa que utiliza, es el aislamiento o alejamiento de la vida familiar o adoptando una actitud hostil hacia sus padres, sentimientos de rechazo, de burla, menosprecio o desvalorización. En este sentido, Jersild (1968) plantea que en

torno a la emancipación adolescente, algunos autores consideran que la renuncia al primer objeto de amor implica para éste una lucha dramática, ya que debe separarse psicológicamente de sus figuras parentales, y mientras pareciera que el adolescente se vuelve contra éstos, lo que en realidad sucede es que está luchando por desprenderse de ellos en su interior.

Garbarino, M. y Garbarino, H. (1961-1962) destacan que las dificultades que suscita la reviviscencia del Edipo dependen también de la actitud de los padres, ya que según cómo ellos respondan, se verán aumentadas o facilitarán en su resolución. Kancyper, por su parte, refiere que las figuras parentales son tan importantes para que se configure el Edipo en los hijos, como también para que el hijo salga de éste, y pueda acceder a la elección de objetos sexuales no incestuosos, y a nuevos objetos vocacionales, más allá de los mandatos parentales (Rotenberg, 2014).

Algunas conflictivas en torno al rol parental en la adolescencia...

Se referirá a continuación a algunas dificultades parentales actuales en torno a la adolescencia, que se consideraran pertinentes a la hora de comprender ciertos elementos que forman parte de la construcción de las interdependencias entre padres e hijos, lo cual ciertamente impactará en la conformación subjetiva adolescente.

Es importante el planteo de Córdova, quien sostiene que ser padre es impensable sin la categoría del significante. Muchos padres no pueden asumir simbólicamente la paternidad, recayendo este fracaso en los propios hijos, quienes deben sobrellevar esa falla, y a veces terminar siendo padres de sus propios padres. La clínica con adolescentes, es un lugar privilegiado donde se pueden escuchar y ver los efectos desestabilizadores de la paternidad en los individuos (Grassi y Córdova, 2010).

Por su parte, Rotenberg (2014) señala que hablar de función parental fallida, no es hablar de “malos padres” o de “malas personas”. Aunque amen a sus hijos, habitualmente sucede que no han podido desarrollar funciones parentales saludables, es decir, no cuentan con recursos yoicos para poder contener su propia angustia, y por lo tanto, evitar traspasarla a sus hijos; pero, cuando la función parental comienza a ser más tranquilizadora, los efectos en ellos son inmediatos. Según Stenger, muchas veces los hijos son los que sostienen las carencias de recursos yoicos de sus padres, y a causa de esto, enferman.

La carencia de recursos yoicos genuinos en la madre y / o el padre se manifiesta en la carencia generalmente incrementada en el hijo, quien carecerá de las capacidades internas para separarse de la madre y / o de los padres y crecer en forma autónoma. (Rotenberg, 2014, p. 114).

Este hecho se refleja cuando son los hijos quienes sostienen a sus padres, con la consecuencia que esto implica en su psiquismo, y en el proceso que deben atravesar de separación y

confrontación respecto a sus figuras parentales, donde éstos deberían promover la autonomía del hijo. En este sentido Eiguer, sostiene que una madre suficientemente buena es la que deja ser al hijo, mientras que una madre insuficiente no lo permite (Rotenberg, 2014).

Por otro lado Aberastury y Knobel, sostienen que los adultos se conmueven con las fluctuaciones de los adolescentes porque reeditan en ellos ansiedades básicas que se despiertan en este período (Klein, 2002). Las ansiedades que sufren los padres ante la adolescencia de sus hijos, se intensifican si algunos problemas rozan con alguna problemática no resuelta de ellos. En palabras de Kancyper, un padre que no puede resignificar su propia adolescencia, no puede ejercer la función paterna, y en estos casos,

(...) se produce el borramiento de la diferencia generacional y la necesaria rivalidad edípica deviene en una trágica lucha fraterna y narcisista. En lugar de la confrontación, necesaria e imprescindible para que el adolescente encuentre un nuevo camino, se instaura la desmentida de la brecha generacional, con lo cual se altera el proceso de la identidad. (Rotenberg, 2014, p. 243).

Respecto a las dificultades actuales en torno a la función paterna, Guerra (2004) describe que hay un rechazo social a la imagen autoritaria de ser padre, habiendo una fuerte creencia en el poder de decisión del hijo. Los padres se encuentran presionados por la cultura, a ser sus amigos, por lo cual, ponerles límites y decirles “no” les genera culpas y dudas. Es por esto que el autor señala que uno de los problemas parentales actuales gira en torno al lugar en dónde ubicarse respecto al hijo, en tanto les resulta conflictivo enfrentarlos mediante frustraciones y prohibiciones, porque temen que repercuta de forma negativa en su crecimiento. Hay una ligadura del hijo al goce, pareciendo que es el hijo el que despliega un poder supremo, “quedando en suspenso” el lugar del padre. Viñar (2013), en este sentido plantea que la ausencia de un “no” justo, autoritario, es un factor patógeno relevante en los hijos. En los casos en que los padres quedan sometidos al hijo, lo someten a la violencia de ser desalojado de su lugar de hijo en la cadena generacional, que es uno de los pilares de la estructuración psíquica. (Guerra, 2000)

En relación a las actitudes paternas, describe Córdova que van desde modalidades autoritarias, controladoras, intrusivas y violentas, hasta las excesivamente permisivas y carentes; algunas veces desde una desmesurada pasión por el hijo, a la violencia que implica una desinvestidura libidinal (Grassi y Córdova, 2010). Al respecto, Casas de Pereda (1994), explica que un exceso del poder paterno como una carencia de la función paterna representa un problema en el ejercicio de dicha función. Se debe destacar que ambos extremos no son saludables para el desarrollo del hijo adolescente.

Otra de las dificultades parentales que pueden suceder, como plantea Perdomo (1996), es que muchas veces los padres proyectan sus propias frustraciones en los hijos, y también pueden pretenden realizarse a través de ellos. A veces esto influye en que los padres traten de ubicarse

en el lugar de “padres ideales”, que ellos mismos no tuvieron, buscando que el hijo logre todo lo que ellos no lograron o no pudieron tener; y al contrario de lo que pasaba en otras épocas, no se busca reprimir en absoluto a los hijos, sino que continuamente se intenta responder a sus necesidades y estar a su servicio, al decir de Guerra (2000).

Winnicott, por otro lado, señala que hay una confusión al suponer que si los padres y madres crían adecuadamente a los hijos, habrá menos problemas en sus vínculos, pero eso no es así. Muchos problemas justamente tienen que ver con los elementos positivos de la crianza moderna. Plantea que el crecimiento es un acto agresivo, y la rebelión corresponde a la libertad que se le otorga al hijo, para que pueda existir por derecho propio (Klein, 2002).

Según Jersild (1968) hay varios hechos de la adolescencia que generan culpa y frustración en los padres. Una de ellas es la creciente postura crítica de los hijos hacia las figuras parentales. Otro hecho, es que cualquier contratiempo o fracaso que le suceda, suscita frecuentemente un sentimiento de culpa en los padres. Muchas veces, éstos reciben consejos del afuera, pero en realidad se sienten solos y con poco apoyo moral. Pero también cuando todo marcha bien, los padres se sienten orgullosos y satisfechos de sus hijos.

Respecto al contexto actual en que se desarrollan las subjetividades, con la “adolescencia” de la sociedad, como refieren Obiols y Di Segni (2007), parece que no son los hijos los que se identifican con sus padres, sino que son éstos quienes se identifican y se quieren parecer a sus hijos, prolongando su juventud ¿Cómo inciden estos cambios en la conformación de la identidad adolescente, y el papel de las identificaciones, tan esenciales en este proceso? Actualmente no son sólo los adolescentes quienes atraviesan dudas y conflictos, sino que también sus padres atraviesan los mismos problemas. Deben “enfrentar la caída de los mitos, de las ideologías, la crisis de los valores.” (Perdomo, 1996, p. 72). En este sentido Le Breton (2003) señala que actualmente los padres ya no pueden dar respuesta a todas las interrogantes de su hijo, y los adolescentes no encuentran en sus padres toda la contención y orientación que necesitan. Otro aspecto a tener en cuenta, que complejiza aún más la inestabilidad del rol parental respecto a la adolescencia, es que actualmente los padres no cuentan con pautas muy claras en la crianza de sus hijos, ni compartidas como reglas generales con el resto de la sociedad, sino que los padres deben ir improvisándolas (Obiols y Di Segni, 2007). Es importante para los padres poder comprender mejor los procesos que están atravesando sus hijos adolescentes, ya que de este modo pueden sentirse menos confusos y angustiados. (Oliva, 2006).

Por otro lado, un tema que genera conflicto del actuar parental y adolescente, y que merece reflexión, siguiendo a Perdomo (1996), es el hecho de que muchas veces los adultos se horrorizan y espantan ante ciertas conductas “adictivas” o problemáticas de los adolescentes, que los mismos adultos también las desarrollan, como el consumo de alcohol, de medicación, de cigarrillos, entre otras. Esto lleva a problematizar el dilema de cómo las figuras parentales, quienes se suponen que

deberían dar el ejemplo a sus hijos, les exigen no reproducir ciertas conductas, cuando ellos mismos en la cotidianeidad lo hacen ante los ojos de sus hijos. Una suerte de “haz lo que digo y no lo que yo hago”. Por dicha razón, cabe preguntarse ¿Cómo repercuten estas actitudes parentales contradictorias, en la conformación de la identidad adolescente? Estos mensajes contradictorios de las figuras parentales repercutirán de alguna manera en torno a las identificaciones y en la conformación subjetiva adolescente. Da cuenta de la problemática en torno al rol parental, y las conflictivas adolescentes respecto a la identificación con sus padres.

Para finalizar, y con el fin de puntualizar diversas y frecuentes situaciones que suceden en la cotidianeidad entre padres e hijos, el Grupo de Investigación de Psicoterapia (2004) describe a través de situaciones en la clínica, que los padres reflejan confusión, incertidumbre, desamparo, que tienen que ver con el momento actual en que vivimos. Transitan padres que prácticamente transcurren mucho tiempo fuera de su casa, y no se encuentran al tanto de la vida de sus hijos. Presentan dificultades en saber qué está bien y qué está mal. Refieren estos padres a “no poder con todo”; trabajo, estudio, ocuparse de los hijos, de la casa, entre otros, por lo que delegan frecuentemente tareas parentales a otros miembros de la familia o Instituciones. Su función y lugar es difuso, y conciben que por estar ausentes muchas horas de su casa, no poseen el derecho a “rezongar” o poner límites a sus hijos. Concluyen que hay poca presencia de los padres en la cotidianeidad de los hijos.

Los límites en la adolescencia.

El tema de los límites en la adolescencia, previamente aludido, es un tema central en el crecimiento adolescente, donde las figuras parentales tienen un rol central, por lo que se considera pertinente retomarlo puntualizando algunas de sus particularidades.

Como se venía planteando anteriormente, en palabras de Guerra, (2000), una de las características actuales en el vínculo padre – hijo es la dificultad en los límites. López de Caiafa (2015) plantea que hay dificultades en los padres para poder frustrar adecuadamente a los hijos, para decir un “No” oportuno; lo cual alienta la ilusión de omnipotencia de los hijos, con lo que esto implica, en el proceso de conformación de su identidad. La frustración dosificada es imprescindible para el crecimiento psíquico de los hijos. Muchas veces los padres hacen todo lo posible para que su hijo no se sienta así, pero en este terreno, los límites, tienen que ver con el cuidado, y con el crecimiento adolescente.

Siguiendo este planteo, Oliva (2006) destaca que es fundamental para el adolescente poder contar con unos padres que le coloquen límites definidos, que les exijan responsabilidades y monitoreen sus actividades. En la medida en que la sociedad y el contexto en que vivimos se tornan inestables, es importante que los padres asuman un papel de guías, para sus hijos que en este período

pueden sentirse desorientados. Un buen uso del control parental, es favorable en esta etapa. Korembly por su parte también señala que el adolescente necesita a otro, como alteridad, una figura que no sea ni blanda ni arbitraria, y que posibilite la tensión de la diferencia. (Rotenberg, 2014).

Siguiendo a Aberastury (1969) los padres deben ir otorgando libertad a su hijo adolescente, pero no una sin límites, lo cual implicaría un abandono, sino una libertad con límites, que impone cuidados, observación, contacto afectivo, dialogo, para ir siguiendo la evolución de los hijos. El adolescente necesita una libertad adecuada, con normas que lo vayan guiando y ayudando a adaptarse a él mismo, al ambiente y a la sociedad.

Vivencias de amparo y desamparo

Las figuras parentales tienen el potencial tanto de amparar, como de generar vivencias de desamparo en los adolescentes.

Dolto señala que la familia es un lugar de refugio para el adolescente. Aunque necesite y busque a otras personas externas, la familia es insustituible. Los grupos de pares son un sostén extra familiar, pero nadie sustituye a la familia (Klein, 2002).

Berenzín, explica que las vivencias de desamparo están en relación con afectos como el espanto, la crueldad y el desborde, que tienen que ver con un vivenciar de indefensión y prematuridad del ser humano (Grassi y Córdova, 2010).

En relación a las situaciones actuales en que vivimos, siguiendo a Perdomo (1996) el hecho de que la mujer también deba salir a trabajar, confluencia en que los niños y adolescentes queden depositados en diversas instituciones, con sus consecuentes vivencias de abandono por parte de los hijos, que a su vez culpabiliza el sentir de los padres. Ellos se encuentran poco tiempo en sus hogares, y cuando lo hacen, muchas veces se sienten abatidos y sin ganas de escuchar y dedicarse a sus hijos. Según Oliva (2006) muchos problemas adolescentes se deben a la falta de apoyo y afecto, lo cual habla del desamparo en torno a las figuras parentales. En este sentido Dolto, plantea que el adolescente cada vez más aprende a vestirse, alimentarse y viajar solo. “Los adolescentes se ven obligados a ser padres de sí mismos, situación que les da más libertad pero para la que no cuentan con elementos suficientes” (Obiols y Di Segni, 2007, p. 77). En palabras de Dolto:

Los adolescentes carecen de reglas de autopaternización. ¿Cómo van a saber conducirse en la sociedad si no reciben ninguna enseñanza por el ejemplo o en conversaciones con sus padres? La televisión se convierte en la única fuente de referencia de niños aislados en apartamentos vacíos de adultos. (Obiols y Di Segni, 2007, p. 78)

Concluye que es la televisión y los medios masivos de comunicación los que adoptan a tanto adolescente huérfano.

Estos planteos invitan a pensar que ante la ausencia de las figuras parentales, acontecimiento frecuente dadas las condiciones de vida actuales, los adolescentes transitan una vivencia de desamparo respecto a estas figuras, por lo que ellos mismos deben ir aprendiendo a cuidarse por sí solos, sin contar con pautas claras de identificación, y donde pareciera que fueran los medios masivos de comunicación los que adoptan los adolescentes como modelos identificatorios, ante la eventual ausencia parental.

Duelos adolescentes y duelos parentales.

Aberastury y Knobel, describen una serie de duelos que son inherentes y necesarios en el proceso adolescente, que tienen que ver con dejar atrás la infancia para emprender el camino de hacerse adulto. Además, varios autores plantean que estos duelos, tienen su correlato en los duelos que atraviesan también las figuras parentales en el proceso de crecimiento del hijo.

Para entender qué significan los duelos, Urribarri (Klein, 2002) hace una serie de precisiones en torno a la teoría de los duelos de Freud. Para éste, existen tres momentos en un duelo: descatectización del objeto valorado, vuelta de la libido hacia el yo, y recarga de nuevos objetos. En otras palabras, estos tres momentos tienen que ver en principio, con el hecho de que el sujeto debe “extraer” su libido del objeto valorado, que ahora es un objeto perdido; luego se produce un retraimiento, donde el sujeto a través del tiempo y de un gasto de energía logra desprenderse del objeto valorado, lo cual le genera un trabajo psíquico, y finalmente, el sujeto logra orientar su libido hacia nuevos objetos.

Aberastury y Knobel (en Klein, 2002), desarrollan cuatro duelos principales que se dan en la adolescencia:

- Duelo por el cuerpo infantil perdido
- Duelo por el rol y la identidad infantil, que lo obliga a renunciar a la dependencia y aceptar las nuevas responsabilidades.
- Duelo por los padres de la infancia, a los que trata de retener buscando refugio y protección que ellos le significan.
- Duelo por la bisexualidad infantil.

El duelo por el cuerpo infantil perdido, tiene que ver con el cuerpo infantil que el adolescente deja atrás, ya que con la llegada de la pubertad, se producen cambios hormonales y sexuales, los cuales muchas veces en principio son motivo de conflicto y angustia para el adolescente, ya que implican readaptarse a este “nuevo cuerpo extraño”.

El duelo por el rol y la identidad infantil, implica también poder desprenderse de su rol de niño, periodo en el cual era pensado por sus figuras parentales, donde los roles estaban claramente definidos, con sus necesidades satisfechas, y la infancia le significaba un lugar agradable y familiar.

El duelo por los padres de la infancia, refiere a que en la niñez idealizaba a sus figuras parentales y creía en la omnipotencia de éstos, pero en la adolescencia, comienza a darse un proceso de desidealizarlos, donde el adolescente empieza a verlos como personas más reales, que también cometen errores, y con los cuales muchas veces no comparte ideales y valores. Según Aberastury (1969) esta desidealización le genera un sentimiento de desamparo. De todas maneras este proceso es indispensable en el hecho de poder ir construyendo su autonomía y poder pasar desde una dependencia infantil en torno a las figuras parentales, hacia su independencia adulta.

El duelo por la bisexualidad infantil, tiene que ver con que en la infancia era un ser “bisexual”, pero en la adolescencia, requiere que defina su sexualidad en la conformación definitiva que adquirirá en la adultez.

Siguiendo a Aberastury y Knobel, el aparato psíquico se rige por el principio de constancia, por lo que los duelos intentan regular las consecuencias en cuanto a lo económico y energético, de los cambios puberales (Klein, 2002). Es decir, su tarea radica en poder tramitar psíquicamente, todos los cambios que desestabilizan el psiquismo con el advenimiento de la pubertad, para poder reestablecer un equilibrio integrando los nuevos elementos y procesos que se dan en la adolescencia.

Por otro lado, Aberastury y Knobel, mencionan que la posibilidad de tramitar los duelos, depende en gran parte de los objetos primarios introyectados. “Este proceso de duelo no siempre está plenamente logrado y las fuerzas necesarias para llevarlo adelante se obtienen de las primeras figuras introyectadas que forman la base del yo y del superyó, de ese mundo interno del ser.” (Klein, 2002, p. 49). Esto tiene que ver básicamente con las figuras parentales en su infancia, las cuales dejan su marca en el psiquismo infantil, y se hacen presentes en los procesos psíquicos adolescentes.

Grassi y Córdova (2010), sostienen que los trabajos de duelo en la adolescencia son paradójales, ya que por un lado requieren muerte, pero por otro una conservación superadora, una transformación de lo infantil. “Algo se pierde pero los referentes simbólicos de la identidad son resignificados (...)” (p. 32). En otras palabras, el adolescente no pierde totalmente todas sus condiciones de la infancia, sino lo que sucede es que las resignifica, ya que claramente la infancia deja su impronta especialmente en la adolescencia.

Los duelos adolescentes, desarrollados por Aberastury y Knobel, se correlacionan con los duelos que también deben transitar los padres: duelo por la pérdida de sus hijos “niños”; duelo por la pérdida de su rol de padres de ese niño, y duelo por la pérdida de condición de adultos jóvenes.

La aceptación de parte de los padres que sus hijos crecen, implica aceptar también su propia finitud (Perdomo, 1996).

Urribarri, (Klein, 2002) señala que los padres sufren un duelo por la injuria narcisista, ya que deben renunciar a la imagen de hijo ideal infantil y abandonar también su propia imagen idealizada; cediendo su lugar de padres ideales, todopoderosos, a padres de adolescentes, quienes ahora los cuestionan, los juzgan y confrontan con ellos.

Por su parte Córdova plantea que la exuberante sexualidad del adolescente, afecta tanto a sí mismo como a sus padres, quienes de alguna manera presencian la muerte del niño, y deben aceptar ahora el crecimiento de su hijo con los cambios sexuales y puberales incipientes, lo cual habitualmente les causa rechazo. (Grassi y Córdova, 2010). Por su parte Knobel sostiene que el tema de la genitalidad de los hijos provoca ansiedad en los padres, por lo que muchas veces pueden llegar a una negación del crecimiento éstos. (Perdomo, 1996).

Aberastury, describe que además los padres deben desprenderse de la relación con su hijo niño, y transitar hacia una relación con su hijo adulto, que les impone renuncias, como el hecho de ya no ser los ídolos y líderes de los hijos, evolucionando a un vínculo lleno de ambivalencias y fluctuaciones entre la dependencia y la independencia. El hecho del crecimiento de los hijos enfrenta a los padres a su propio envejecimiento y a la idea de muerte (Rotenberg, 2014).

Por su parte, Oliva (2006) plantea que los cambios se producen en ambos, ya que la adolescencia coincide muchas veces con la “crisis de mitad de la vida” de sus padres, siendo dos importantes transiciones evolutivas, lo cual complejiza aún más las relaciones. En este sentido señala Perdomo, que según como cada uno atraviese sus respectivos duelos, y sus propios procesos, será la forma en que convivirán ambas generaciones (1996).

Adquisición de una imagen más realista de sus padres.

Mediante el proceso de duelo respecto a la imagen parental infantil, el adolescente comienza cada vez más a poder adquirir una imagen menos idealizada de sus figuras parentales. Según Jersild (1968), el adolescente se va creando un concepto de sus padres, así como de lo que éstos piensan y esperan de él. Es probable que tanto el niño como el adolescente no tengan una imagen realista de ellos; por lo cual la independencia tiene que ver con la transición hacia una concepción cada vez más real de las figuras parentales. El adolescente no solo atraviesa un conflicto con la imagen de sus padres sino con la de él mismo.

Por su parte Obiols y Di Segni (2007) señalan que ir creciendo significa descubrir que detrás de los padres idealizados de la infancia, se encuentra una persona con errores, así como con aspectos inmaduros. “La imagen de los padres de la infancia es producto de la idealización que el niño impotente ante la realidad que lo rodea y débil ante ellos desarrolla como mecanismo de

defensa” (p. 67). Estos padres, generalmente refuerzan esta imagen de sus hijos ya que sienten satisfacción al ser admirados por sus hijos. Pero al crecer, se produce el sano y necesario proceso de desidealización de las figuras parentales.

Crisis adolescente, conformación de la identidad y figuras parentales.

Muchos autores plantean a la adolescencia como un período de crisis, entendiéndose como “algo a resolver”. Estas crisis tienen que ver con los duelos y los cambios que debe atravesar el adolescente, donde las figuras parentales han dejado su impronta. La conformación de la identidad está ligada a los procesos de identificación y desidentificación que el adolescente despliega principalmente en torno a sus figuras parentales y ambiente inmediato, pero también a los nuevos personajes que aparecen significativamente en su vida. La conformación de la identidad es la tarea principal de la adolescencia, que se produce atravesando los duelos anteriormente desarrollados, mediante los cuales deja atrás su identidad infantil, para poder construir su propia identidad adulta, pasando desde una dependencia infantil en torno a las figuras parentales, hacia el camino de la independencia.

Según Perdomo (1996), la crisis de la adolescencia constituye una crisis de identidad, con la posibilidad de recordarse en el pasado y poder proyectarse a futuro. Parte de la construcción de la identidad, es la identidad sexual, y la identidad de género, las cuales también tendrán que conformarse en este proceso, pero que no siempre coinciden. A su vez Fiorini (1993) plantea que la crisis de identidad en el adolescente, engloba la problemática de la asunción de la identidad sexual y sostiene que este logro requiere un complejo proceso que se inicia en las primeras relaciones y se extiende hasta la adultez, e implica la aceptación de las diferencias sexuales y generacionales, demandando una permanente elaboración.

Al muchacho, a la muchacha, les está llegando la hora de salir a crear afuera, a conquistar – se genitualmente e inscribir diferencias de sexo, de cuerpo y nuevas categorías (padre – madre diferenciados de genitor – genitora, y las categorías de género: lo masculino – lo femenino) en una relación o vínculo de intersubjetividad, de alteridad, apuntalada en los modelos de la temprana infancia, bocetos de la obra. (Grassi y Córdova, 2010, p. 41).

Aberastury (1969), plantea que el adolescente deja atrás su identidad de niño, lo cual le implica la construcción de una nueva identidad. En la adolescencia se produce un replanteo de los valores éticos, intelectuales y afectivos, dando lugar al nacimiento de nuevos ideales. Según Kancyper, la reestructuración y resignificación que atraviesa el adolescente, implica la creación de lo nuevo, que es inseparable de una transgresión (Klein, 2002).

Blos (1991) por su parte explica que las instituciones psíquicas (yo, superyó, ideal del yo), se originan con la interiorización de las relaciones de objeto. Esta estructura psíquica no se modifica,

lo que sucede en la adolescencia es que las interacciones entre estas instituciones sufren un cambio, por lo cual el individuo va desarrollando un sistema de valores que trasciende la ética familiar más acorde a sí mismo y a su estar en el mundo, en relación a la construcción de su propia identidad.

Por otro lado Jeammet sostiene que en el adolescente hay dos grandes polos conflictivos: indiferenciación vs. diferenciación (Klein, 2002). En este sentido, Grassi y Córdova (2010) refieren que en la adolescencia, los cambios corporales conllevan a que se vaya conformando una identidad diferente de la infantil y de lo parental. El adolescente transitaría entre la repetición de lo viejo y la inscripción de lo nuevo. La identificación adolescente se debate entre el principio de permanencia y el principio de cambio, tomando planteos de Aulagnier.

Garbarino, por su parte, refiere que para asumir la identidad, se debe realizar la síntesis entre identificaciones y desidentificaciones recibidas de los padres y los nuevos ideales que le ofrece la sociedad (Fiorini, 1993). Siguiendo a Aberastury (1959), llevamos dentro de nuestro inconsciente, un mundo formado sobre el modelo de personas que primero odiamos y amamos. Estas personas de nuestro mundo interno constituyen parte de nosotros mismos y de nuestra personalidad. Por otro lado Stone y Church, explican que la madurez se logra gracias a un buen cimiento, a una “confianza básica” para lograr su autonomía, separar su identidad con la de sus padres, confrontar con ellos, y reconocerse como otro sin romper los vínculos afectivos básicos (Obiols y Di Segni, 2007).

En palabras de Fiorini (1993) las crisis adolescentes se deben en parte a que se ponen en crisis los imagos parentales, figuras referentes en su infancia, y también la imagen de sí mismo. Estas crisis tienen que ver con la imagen de su cuerpo que sufre modificaciones, con la intensificación de las pulsiones (sexual y agresiva), con la desestabilización de las figuras ideales, ya que pierde muchos suministros narcisistas que recibe del “entorno contenedor” y con el hecho de independizarse de las figuras parentales. Todas estas transformaciones explican los trastornos e inestabilidad emocional. En este sentido, Aberastury y Knobel (Perdomo, 1996) sostienen que la estabilización de la personalidad no se logra sin pasar por cierto grado de conducta patológica y de conmoción, que se debe considerar inherente a la evolución normal de esta etapa.

Algunos autores plantean que en este proceso de construir su propia identidad, el adolescente se refugia en su mundo interno, “Un autismo positivo”, al decir de Aberastury. Siguiendo esta línea, Blos (1991) refiere que la regresión adolescente, es un proceso necesario y adaptativo, que apunta a resolver las dependencias infantiles ya que son inconciliables con las relaciones objetales adultas y con la autonomía del yo. Desde esta regresión, la ambivalencia primaria (amor – odio) invade las relaciones adolescentes con los objetos, los símbolos, las representaciones y el self. Al respecto, cabe referir la ambigua relación adolescente con sus figuras parentales, que por momentos se expresa cariñoso, y por momentos despliega actitudes hostiles hacia ellos. También Fiorini

describe esta crisis como narcisista, lo que provoca retraimiento, aislamiento, y sentimientos de soledad. Este repliegue sobre sí mismo, es fruto de la necesidad de ruptura con las investiduras infantiles. (1993)

Siguiendo a Elzo Imaz, los adolescentes deconstruyen y reconstruyen lo que los agentes tradicionales de socialización les transmiten, en sus grupos de amigos (en Klein, 2004). En este sentido Jeammet destaca las figuras de relevo, que son menos conflictivas que los padres, y que le proporcionan protección y apoyo, ya que el adolescente necesita de objetos de la realidad externa, que organicen y se diferencien de los imagos internas (Klein, 2002). Del mismo modo el adolescente busca un lugar que le genere confianza y garantía a su insegura identidad. Los pares le darán origen a nuevos ideales y de sostén narcisista, donde formar parte de un grupo le brinda la posibilidad de establecer lazos y ser reconocido por sus iguales. (Fiorini, 1993).

Por otro lado N. Minyerski, diferencia dos tipos de identidad: la identidad estática, que tiene que ver con lo biológico; y la identidad dinámica, que es un derecho subjetivo, relacionada con la proyección social del sujeto (Grassi y Córdova, 2010). Se podría pensar la identidad biológica como lo heredado, lo inamovible, que se encontraría en la base de la identidad dinámica, y ésta tendría que ver con lo que construye el propio sujeto, incorporando novedosos elementos.

“El devenir en cuanto proyecto identificador no es sin ligaduras con la genealogía, la sucesión generacional, el por – venir y el azar.” (Grassi y Córdova, 2010, p. 35). En otras palabras, podría entenderse que el proceso de construcción de la identidad, tiene una base en la genealogía, en la historia del individuo, e historias familiares que lo preceden, pero donde también el porvenir, el azar y las diversas condiciones de vida del individuo, dejarán su impronta en este proceso. Es decir, en el proceso de construcción de la identidad, si bien la genealogía se encuentra en la base, el pasado no es condicionante, sino que las circunstancias singulares donde transita el individuo, y las eventuales circunstancias de la vida, son elementos que van a confluir en este proceso.

En torno a las condiciones actuales y su influencia en la conformación de la identidad, Javier Elzo Imaz describe que

Nunca tantos jóvenes han tenido tantas posibilidades de construir sus esquemas referenciales, sus propios valores, hasta sus propios proyectos de vida. Nunca estos proyectos han estado menos determinados por su familia de origen, lo que no quiere decir, en absoluto, que no están muy condicionados por la impronta familiar. Quiero significar que nunca generación alguna ha sido tan autónoma, con un horizonte menos predeterminado, más abierto. (Klein, 2004, p.127).

Este planteo invita a reflexionar que quizás antiguamente, la impronta familiar condicionaba considerablemente el proyecto identificador adolescente, y donde tal vez los modelos identificatorios se desarrollaban de forma más clara en el proceso de crecimiento; pero dadas las condiciones del contexto incierto en el que vivimos, las figuras parentales ya no representan un modelo de relevo en la construcción de la identidad adolescente, sino que se nutre de los más

diversos elementos de la cultura y de diferentes personajes, donde además cuenta con total autonomía para decidir lo que quiere ser y hacer de su vida.

En este sentido, Klein (2002) sostiene que el adolescente comienza a construir su propia vida y a hacerse responsable de sí mismo, dentro del proceso de auto creación. Respecto a los proyectos a futuro, según Erikson, la adquisición de la identidad es ahora necesaria para adoptar decisiones propias de la adultez, en relación a elección vocacional y conyugal, entre otras. (En Klein, 2002).

En la construcción de la identidad, cabe tener presente el proceso que P. Aulagnier describe como auto - actividad psíquica, que es indispensable para el psiquismo y para la conformación de la identidad; proceso que Klein ubica en la adolescencia. Éste implica la recreación de su historia, tomando su pasado, para poder proyectarse a futuro. El adolescente en este sentido es un historiador, que partiendo de su infancia, la cual le da un “fondo de memoria” y un mínimo de anclajes necesarios, atraviesa en la adolescencia un segundo momento, donde se permite la incorporación de lo modificable, lo imprevisto y lo desconocido, por lo que el adolescente se construye y auto construye, incorporando todo lo nuevo (Klein, 2002).

Este proceso de autobiografía es inherente a la construcción de la identidad adolescente. En esta línea, Grassi señala que el proceso de historización es central en la subjetividad, y tiene que ver con construir la historia de su pasado y las causas que lo hacen ser; necesario para hacer pensable un eventual futuro. El enigma es el punto central de la indagación adolescente, ya que éste investiga sobre su origen, siendo el centro de la construcción su propio yo. Denomina este proceso como “investigaciones genealógicas” del adolescente (Grassi y Córdova, 2010).

Investigación histórica familiar.

Continuando con el planteamiento de Grassi, en este proceso de construir su identidad, el hecho de poder dar sentido e investigar su pasado es esencial para el adolescente. La importancia de estas investigaciones, radica en que liga al adolescente al deseo de sus progenitores y a su genealogía, ubicando en el deseo de sus padres, su causa de existencia y las razones que lo hicieron ser. El deseo vinculado a su gestación y lo que esperan de él, constituye los primeros esbozos de su historia, que ahora comienza a significar. La investigación histórica familiar, es una precondition del proyecto identificador. En este sentido Aulagnier, describe que el adolescente busca en sus herencias un anclaje desde donde construirse y devenir en un proyecto identificador con la posibilidad de proyectarse a futuro, para lo cual requiere construir (se) un pasado (Grassi y Córdova, 2010).

Al respecto, sostiene que hay contextos familiares que facilitan y promueven estas investigaciones, y otros lo obstaculizan e inhiben, con las singulares repercusiones que tendrá en el proceso de construir su propia biografía e identidad. (Grassi y Córdova, 2010).

La transmisión ligada a la genealogía forma parte también de la construcción de la identidad. Tal proceso fue desarrollado anteriormente, en el apartado de Interdependencias entre padres e hijos adolescentes.

El adolescente y las identificaciones.

Como se venía planteando, las identificaciones en la adolescencia son un elemento central en la construcción de su identidad.

En principio, para pensar en qué consta el proceso de identificación, Bleichmar, la describe como un proceso que implica mecanismos como imitación, diferenciación, filiación, aprendizaje y formación de esquemas cognitivos. Por su parte Eguier, plantea que la identificación implica un proceso de impregnación del Yo, que incluye en él aspectos del funcionamiento o personalidad del otro. (Rotenberg, 2014)

En torno a las primeras identificaciones, es pertinente el planteamiento de Freud, quien sostiene que las identificaciones de hombre y mujer, se realizan con algunos rasgos que él llamó ideal del yo, del padre y sus sustitutos para el varón, y de la madre y sus sustitutos para la niña (Casas de Pereda, 1994). Señala la autora que estas identificaciones tienen un lado simbólico, que se sostienen por la función paterna y materna. Siguiendo esta línea Otero plantea que el Yo se sirve de identificaciones simbólicas, que remiten a los orígenes familiares, vinculando al sujeto y su genealogía (Grassi y Córdova, 2010). Es decir, las primeras identificaciones que construyen al Yo, se realizan en base a las figuras parentales, por lo cual la relevancia de tales figuras está en la base de la construcción de la identidad y subjetiva de cada individuo. La identificación, según Obiols y Di Segni, es el mecanismo principal de estructuración de la personalidad, proceso que se desarrolla en la adolescencia. (2007).

Grassi explica que la pregunta ¿Quién soy? es propia del ser adolescente, y que refiere a las primeras identificaciones del Yo, que comienzan a ser cuestionadas por el sujeto. "(...) uno de los trabajos adolescentes consiste en hacer caer identificaciones inconscientes, parentales infantiles, donde ello (s) eran garantes, donde ellos estaban, donde el Otro investía los objetos privilegiados de su deseo, yo debo devenir." (p. 21). Es decir, en la infancia el individuo era pensado por sus figuras parentales, y además el individuo se identificaba fuertemente con ellos, pero cuando adviene la adolescencia, este vínculo "simbiótico" con sus figuras parentales comienza a desestabilizarse, y se genera una suerte de ruptura en torno a estas figuras, que le imponen al psiquismo adolescente la construcción de su propia subjetividad desligada de las mismas. En este sentido, Córdova sostiene que en el adolescente se da un proceso de des – identificación respecto a lo familiar y a lo infantil, y una creación de nuevos ideales y modelos identificatorios, mediante el encuentro con "el otro cuerpo", a través de una construcción de sí mismo y de la alteridad (Grassi

y Córdova, 2010). “Lo propio del sujeto en la adolescencia es crear sentidos que enriquezcan al yo, en un juego de identificaciones – desidentificaciones. La adolescencia transcurre en lúdica adquisición de nuevas identificaciones y cancelaciones de otras caducas, obsoletas.” (p. 20).

En torno al proceso de desidentificación, Klein, tomando los planteos de Kancyper, explica que: “la pulsión de muerte, con su posibilidad desligante, es la que permite poner en marcha los imprescindibles procesos de desidealización y desidentificación”. (Klein, 2002, p. 56). Se puede decir a partir de este planteo, que para que el adolescente pueda desprenderse de las identificaciones con las figuras parentales, de alguna manera debe cortar o separarse de la idealización de estas figuras propias de la infancia, poniendo en marcha el proceso de desidentificación.

Kancyper (1997) sostiene que el sujeto se define según como se resignifique, y en cómo reestructura su biografía para transformarla en su propia historia, y para ser él mismo, requiere abandonar la imagen idealizada parental para encontrar nuevos ideales en otras figuras. Muchos adolescentes renuncian un tiempo a tomar a sus padres como modelos identificatorios y escogen otros nuevos (Jersild, 1968). En este sentido, Córdova señala que con la llegada de la pubertad, el grupo familiar debe ceder lugar desde su supremacía, a la creación de otros grupos y espejos para el hijo adolescente. (Grassi y Córdova, 2010). Los adolescentes en este proceso se identifican con diferentes personas de su entorno, esto se refleja en el collage de la personalidad adolescente, ya que no quiere ser como ciertos adultos, pero toma a otros como ideales, buscando nuevos referentes con quienes identificarse. Los cambios a nivel de personalidad, tienen que ver con las contradicciones en sus identificaciones, por lo cual muchas veces el adolescente se presenta como varios personajes juntos. (Obiols y Di Segni, 2007).

Otro aspecto de las identificaciones tiene ver con la elección de objeto, y siguiendo los planteos de Kancyper (1997), para que el adolescente conquiste el objeto exogámico, el aparato psíquico debe sufrir algunas modificaciones, algunas comunes a ambos sexos, y otras particulares de cada uno, a través del recambio de las identificaciones, siendo que en la adolescencia se alcanza por primera vez la identidad sexual genital. El yo, es yo corporal, en el sentido de la imagen del propio cuerpo, pero que no se adquiere de forma natural sino que requiere una tarea de construcción, en donde las figuras parentales y las primeras identificaciones del yo, han dejado su marca en estos procesos.

Una vez que el sujeto ha madurado, Eiguer, sostiene que se alcanza un grado de autonomía suficiente para distanciarse de sus progenitores, y para reconocerse diferente al otro; pero queda profundamente marcado por este vínculo parental (Rotenberg, 2014).

Por su parte, Dolto (Perdomo, 1996) reflexiona el hecho de que las identificaciones en el último tiempo se han invertido: ya no son los hijos los que se identifican con sus padres, sino que son ellos los que lo hacen con sus hijos. Perdomo sostiene que los hijos no quieren parecerse a sus

padres, pero ellos sí buscan identificarse con sus hijos, pretendiendo prolongar su juventud, no sólo adoptando las mismas ropas, sino sus costumbres y lenguajes. Obiols y Di Segni (2007) plantean que dadas las condiciones actuales, es esperable que se produzcan fallas en la integración de la identidad y personalidad adolescente.

Conflicto y confrontación generacional.

El conflicto generacional es un tema central en las configuraciones vinculares entre padres e hijos adolescentes, y es un proceso sano y necesario para el crecimiento psíquico adolescente, en torno a la construcción de su propia identidad y al hecho de poder ir desprendiéndose de las figuras parentales hacia una propia autonomía.

Blos (1991) expone que el conflicto generacional es esencial para el crecimiento del self y de la civilización; es un proceso que actúa en pos de la individuación y diferenciación psíquica, ya que sólo a través del conflicto, el individuo puede madurar. Respecto a la confrontación en la adolescencia, plantea: “la creación de un conflicto entre las generaciones y su posterior resolución es la tarea normativa de la adolescencia. Su importancia para la continuidad cultural es evidente. Sin conflicto, no habría reestructuración psíquica” (p.11). Por su parte Klein (2004) señala que la adolescencia es consecuencia de la confrontación y no al contrario, como plantean Winnicott y Kancyper.

El tema de la confrontación del adolescente y el adulto, es parte también del proceso del establecimiento de los nuevos modelos familiares y sociales (Klein, 2002), por lo que puede suponerse que la confrontación entre padres e hijos es un proceso que puede desarrollarse en las nuevas configuraciones sociales, ya que posiblemente en la sociedad patriarcal el adolescente no podía confrontar con la autoridad parental.

En palabras de Osorio: “el conflicto generacional proviene de un ‘desfasaje’ en el sistema de valores de dos generaciones sucesivas (...)” (Perdomo, 1996, p. 74). Diferentes autores plantean que la confrontación generacional tiene que ver con un hecho de ruptura, de desligazón respecto a las generaciones precedentes. Kães refiere que los efectos de las rupturas entre las generaciones son necesarias para la distinción de éstas (Rotenberg, 2014). Klein, en este sentido, señala que la confrontación a grandes rasgos es un proceso diferenciador entre adultos y adolescentes, pero a la misma vez, tiene que ver con un contrato, que busca encontrar intermediación entre las partes. (2002)

Por su parte Obiols y Di Segni (2007) plantean que muchos autores consideran la confrontación como un proceso central en la construcción de la personalidad independiente, donde la tarea del adolescente es rebelarse, confrontar, buscando su propia individuación. Citando los planteos de

Stone y Chuch, el tema del conflicto no sólo es inevitable, sino esencial para el crecimiento, donde una total ausencia de conflicto puede indicar que algo no marcha bien en la adolescencia.

Tanto Blos (1991) como Winnicott (Klein, 2002) refieren al hecho de que en este proceso de confrontación, son inherentes los actos de rebeldía, de agresión, de choque, de rupturas y que están en relación con el necesario desarrollo de la independencia adolescente. Siguiendo a Schroeder (2004) la rebelión adolescente, con su carga agresiva, no debe confundirse con violencia, sino que contribuirá a una adecuada estructuración siempre y cuando no se aleje de la carga amorosa que caracteriza al vínculo con los progenitores. El conflicto generacional refiere a procesos de desidentificaciones e identificaciones, que culmina en la formación de ideales, en lo denominado ideal del yo o superyó. Siguiendo esta idea y parafraseando a Sahoaler, el conflicto generacional es fundamental para desmontar al superyó infantil, en el rearmado superyoico adolescente (Rotenberg, 2014).

Según la mirada de Osorio (Perdomo, 1996), se trata en parte de una lucha de poder entre padres e hijos, ya que los adultos se ven amenazados por el creciente poder del joven, que es cada vez más reivindicativo. Perdomo (1996) plantea que ante la eminente rebeldía del hijo, los padres suelen reaccionar muchas veces reforzando su autoritarismo, mediante represión, abuso de poder o excesivas prohibiciones; y otras veces, con una gran incapacidad para establecer límites. Cualquiera de las dos opciones resulta perjudicial en el conflicto adolescente de dependencia / independencia, ya que ni una ni la otra alternativa son modos de actuar que ayuden al desarrollo adolescente. Ser más autoritarios quizás provoque que los hijos se alejen y rebelen aún más, y una falta absoluta de límites puede vivirse como desamparo y abandono, no proporcionando la contención y el “encuadre” que necesita el adolescente. Al decir de Perdomo (1996), “la autoridad bien entendida, en cambio, implica al mismo tiempo respeto y colocación de límites.” (p. 82).

Tomando en cuenta que el adolescente es alguien en búsqueda de su identidad, Erikson, señala que el centro de este proceso es la pregunta ¿Quién soy? y para que el adolescente pueda saber quién es, necesita de un adulto que sea su frontón (Obiols y Di Segni, 2007). Al respecto Winnicott señala lo estimulante que resulta para el adolescente volverse activo; pero a fin de que esto suceda, es necesario que el adulto se comporte como tal, y no abdique ante el ataque del adolescente (Klein, 2002). El autor destaca el hecho de que en la adolescencia, el adulto debe poder hacer frente y sostener la confrontación con el hijo, y no ceder fácilmente ante sus demandas (Rotenberg, 2014).

Algunos autores, considerando las circunstancias actuales, problematizan que no habría un conflicto generacional ente adolescentes y adultos. Dolto (en Obiols y Di Segni, 2007) plantea que el conflicto generacional ya no es como era antes; los jóvenes no confrontan con sus padres sino que se alejan de ellos. Respecto al fenómeno de adolescentización de la sociedad, el adolescente no tendría con quien confrontarse. Schroeder (2004) refiere que hay autores que se preguntan si

esta ausencia de confrontación, esencial en la construcción de la identidad del adolescente, no contribuirá a fallas en su estructuración psíquica. Prestarse a dicha confrontación es un modo de transmitir el deseo de crecimiento del hijo. Koremblit por su parte señala que hay padres “cucharitas”, que ni pinchan ni cortan, padres pende – viejos, que siguiendo a Kancyper, no instituyen la función paterna, y que al fraternizar con el hijo, impiden la confrontación generacional. (Rotenberg, 2014).

En este sentido Viñar (2013), percibe un mundo adulto en repliegue frente a una juventud admirada que inhibe el gesto de autoridad necesario en la confrontación generacional. Esto da lugar a continuar reflexionando y cuestionando las posibles repercusiones que implican las nuevas realidades vinculares y subjetivas en el desarrollo adolescente.

Desde la dependencia hacia la independencia...

El conflicto entre la dependencia y la independencia es inherente al crecimiento adolescente, donde las figuras parentales desempeñan un rol clave en dicho proceso. Como se mencionó previamente, el adolescente transita un período progresivo de separación de las figuras parentales. En este proceso de conformar su propia identidad, necesita ir desprendiéndose de los mandatos paternos para conformar su autonomía, y requiere del proceso de la confrontación con respecto a sus figuras parentales. En la infancia era hablado a través de éstas, quienes representaban su objeto de amor; pero ahora en la adolescencia se requiere “cortar” con esa dependencia, debiendo buscar el objeto de amor externamente, y además debe poder realizar su camino independiente adulto.

Jersild (1968), describe que la relación de los adolescentes con sus padres se compone por tres actos:

- Primero, el adolescente continúa como si siguiera en la infancia, dependiendo y necesitando a sus padres, influido profundamente por ellos. Paulatinamente comienza a ser un observador de sus padres como personas, e interesarse cada vez más por el mundo fuera del hogar.
- “Lucha por la emancipación”. Para poder llegar a ser adulto, el adolescente debe poder dejar atrás la dependencia infantil con sus padres. Este proceso a menudo es turbulento, lleno de conflictos y cargado de ansiedad, tanto para padres como para los hijos. Aquí se harían presentes los duelos que fueron desarrollados con anterioridad.
- Por último, si todo fue sucediendo con normalidad, el conflicto cesa cuando el adolescente ocupa el lugar con los otros adultos como sus iguales. Sin embargo la influencia de los padres se prolonga también en la vida adulta.

Estos tres momentos colaboran a comprender cómo se va desarrollando el proceso que atraviesa el adolescente, desde la dependencia infantil hacia la independencia adulta.

Siguiendo los planteos de Klein (2002) si bien el pasado y su historia vital son importantes porque refieren a su origen, funcionando como un continente de afectos y memoria, el hecho de un nuevo comienzo es inherente al proceso de la estructuración subjetiva yoica, y al sentido emancipatorio del yo. El yo debe aprender a hacerse cargo de sí mismo. Con el desprendimiento de los padres, se van generando las condiciones de surgimiento de su “ser” interior, que es el centro de su experiencia adolescente y vital.

Este proceso de separación respecto a las figuras parentales, no se da de forma simple, sino que requiere de diversos procesos psíquicos previamente analizados.

Por su parte Fiorini (1993) explica que la adolescencia se encuentra en la frontera entre la dependencia y la independencia, entre el ser niño y el ser adulto. En este sentido, Aberastury señala que el adolescente atraviesa una ambivalencia entre el impulso al desprendimiento y la tendencia a permanecer ligado. (1969)

Korembly sostiene que se da en la adolescencia el desasimiento de las figuras parentales, lo cual constituye un proceso necesario y doloroso (Rotenberg, 2014). Respecto a este proceso de desprendimiento, Kancyper explica que libidinalmente, y mediante la desidentificación, se opera un alejamiento de la imagen arcaica e idealizada de los progenitores (Klein, 2002).

Siguiendo a Anna Freud, la genitalidad y el encuentro con nuevos objetos sexuales permiten el alejamiento de la familia (Klein, 2002). Jersild, explica que los padres fueron los primeros objetos de amor del ahora adolescente, pero en este proceso de independencia, el adolescente debe pasar desde estos objetos de amor hacia otros, que se encuentran en el afuera, es decir, hacia la pareja en perspectiva (1968).

En este proceso de independencia, Jersild (1968) plantea que, junto al hecho de que los hijos se van alejando progresivamente de sus padres, éstos frecuentemente se sienten rechazados por los hijos. Es normal que en el adolescente se produzca un alejamiento de las figuras parentales, o que también se dé un escaso interés en compartir demasiado tiempo con la familia, y que comiencen a prevalecer las opiniones de sus amigos por encima de la de sus padres. Estas actitudes muchas veces lastiman a las figuras parentales, llegando a creer que el hijo las realiza adrede con el fin de herirlos. En este sentido, Jersild reflexiona que los adultos en vez de sentirse mal, deberían valorar todas estas experiencias como parte del crecimiento sano de sus hijos adolescentes. (1968)

Por otro lado, Jersild (1968) plantea que los padres muchas veces apelan a diversos métodos para conservar la autoridad sobre sus hijos. Uno de los caminos, es negándoles la oportunidad de que se reúnan con otros jóvenes, o de salir, o privándolos del derecho a trabajar y ganar dinero. Otra

forma, es apelando a la gratitud, bajo frases como “todo lo que he hecho por ti...”; o tratando de minimizar la confianza del joven en su propia capacidad de valerse por sí mismo. Asimismo siendo demasiado abrumadores con los hijos, mediante regalos, y excesivo apoyo, evitándoles todo desafío, con la consecuencia (inconsciente) de que él no pueda valerse por sí mismo. Otra forma es apelando a la compasión del hijo, por ejemplo diciéndole que no lo abandone, o que lo necesita. Aberastury (1969) agrega que a veces los padres recurren a la dependencia económica para ejercer control sobre sus hijos, cuando sienten que se les van de las manos. Señala además que cuando los padres comienzan a controlar los horarios de los hijos, sus salidas, sus amistades, entre otras, en realidad están controlando algo más: su crecimiento y su desprendimiento.

En el proceso de emancipación adolescente hacia la adultez, Jersild (1968) sostiene que es probable que el hijo al emanciparse del hogar familiar sienta añoranza, soledad, extrañeza, entre otros. Pero la emancipación, no solo compete a los hijos, sino también a sus padres, a quienes en algunos casos les resulta costoso que sus hijos se emancipen. En este sentido ejemplifica a algunas madres cuya vida se centra en el cuidado de sus hijos, las cuales se entristecen al pensar que al marcharse el hijo, se pueden quedar sin una finalidad en la vida; o padres que viven a través de sus hijos, y pueden sentirse abandonados cuando éstos se marchan.

Por su parte, Perdomo (1996) refiere que la dependencia económica de los hijos respecto a sus figuras parentales, es un factor que influye en el proceso de independencia, ya que la dependencia económica, determina dependencia psicológica. Es decir, siempre que el hijo dependa económicamente de los padres, dependerá también a nivel psicológico. Esto influye en una prolongación en tiempo del ser adolescente. Menciona al respecto el hecho de que en el Río de la Plata hay factores socioculturales como ser un tipo de madre con grandes lazos de dependencia con sus hijos, lo cual incide en el proceso de la independencia adolescente.

En este sentido, y expuestos los anteriores planteos, debemos reflexionar acerca de las implicancias de estos hechos, en la conformación de la identidad adolescente, y cómo repercuten en la sana y necesaria independencia que el hijo debe poder lograr respecto a sus figuras parentales. Dadas las condiciones actuales de vida, algunas de las cuales ya se han referido anteriormente, donde la emancipación de los hijos no es una tarea sencilla, y las cuales han producido una prolongación de la adolescencia, cabe reflexionar lo que ya Jersild planteaba en 1968, el supuesto hecho de que una persona sea totalmente autodeterminada, libre y dueña de sí misma, posiblemente favorezca que ningún individuo realmente se emancipe totalmente de sus figuras parentales.

Consideraciones finales....

El tema de la Parentalidad en la adolescencia, más precisamente, el rol parental en el desarrollo adolescente, es un tema “virgen”, en el sentido de que no abunda la bibliografía en torno a éste. Como refiere Koremblit, se sabe mucho acerca de la parentalidad en la infancia, pero poco se conoce en relación a la adolescencia. El desarrollo del trabajo, en este sentido, se sirvió de diversos insumos teóricos y autores que trabajan estas temáticas, generalmente por separado, lo cual requirió un trabajo de permanente elaboración y articulación para dar creación a un tema el cual aún no se encuentra sólidamente construido.

A fines de pensar acerca de la parentalidad en la adolescencia, se creyó pertinente indagar sobre los procesos subjetivos que conforman a la adolescencia, y tomarlos como punto de partida para reflexionar acerca de cómo las figuras parentales se conjugan y son necesarios en estos procesos.

Dadas las configuraciones sociales y familiares actuales, no sería pertinente hablar de padres desde una imagen tradicional, entendiéndose como padre y madre biológica, si bien en algunos planteos se haya adoptado este concepto. En el presente trabajo, parentalidad, figuras parentales, y padres, refieren a cualquier persona que ejerza las funciones paternas, indiscriminadamente de ser hombre o mujer, abuelo, tío, madre/ padre adoptivo, progenitores, entre otros. Es a fin de incluir los diferentes personajes que pueden ejercer este rol, esta función parental, que se adopta el concepto de Parentalidad.

En tanto que la tarea principal de la adolescencia es la conformación de la identidad, las figuras parentales representan un aspecto central en este proceso, ya que, ante todo, son las primeras figuras que el individuo introyecta en su psiquismo, por lo cual conformarán y serán parte del psiquismo a lo largo de toda la vida.

El hecho de poder comprender los referidos procesos que se dan en la adolescencia, nos alejan de una mirada negativa del adolescente como individuo rebelde, confrontador, agresivo, teniendo en cuenta que estos procesos son sanos y necesarios para su crecimiento, ya que es un ser que se encuentra atravesando por diversos conflictos internos y le urge poder confrontar y separarse, en un proceso de construcción de su individuación e identidad.

La asunción y construcción de la propia identidad, requiere, por un lado, un desprendimiento de su infancia, que implica dejar atrás su rol infantil y un proceso de desidealización de las figuras parentales infantiles, los cuales se logran atravesando y elaborando los duelos respectivos, y por otro lado, un proceso de independencia en torno a las figuras parentales, para poder construir su propio camino fuera del mandato parental, lo cual demanda la confrontación o conflicto generacional respecto a sus figuras parentales. A través del conflicto, el adolescente va logrando una relativa independencia psíquica (y física), necesaria para la conformación de su identidad. Los

procesos de identificación y desidentificación también forman parte de la construcción de la identidad, donde las figuras parentales tienen un rol central.

Las diferentes problemáticas y situaciones de vida actuales, repercuten no sólo en los adolescentes, sino también en las figuras parentales, por lo cual sus roles se ven afectados, y por ende, impactarán de singulares maneras en el vínculo con sus hijos adolescentes. Excede la extensión del trabajo puntualizar posibles situaciones del vínculo parental filiar, y las formas en que el contexto actual, con sus peculiares características, configura las subjetividades.

La incursión en los diferentes planteos, permiten adoptar una visión general del tema en cuestión, pero representan simplemente líneas desde donde seguir reflexionando y problematizando las diferentes cuestiones que hacen al rol parental en la adolescencia.

También sería pertinente una reflexión en torno al rol del Psicólogo y el abordaje de estas temáticas. A modo general, Rotenberg (2014) plantea que las interdependencias patógenas entre padres e hijos, se pueden ir transformando mediante el proceso terapéutico, en unas interdependencias sanas. Señala que las identificaciones pasivas, los mandatos familiares, que habitan al sujeto, “los otros en nosotros” actúan en la mente, y la labor terapéutica consiste en que el paciente se desidentifique, para poder encontrar así su propio deseo.

Por su parte Stenger, sostiene que una de las funciones terapéuticas consiste en introducir en los espacios mentales, un “darse cuenta”, que permita la creación de recursos propios en padres e hijos (Rotenberg, 2014).

Korembliet refiere que es fundamental darles a los padres un marco de confianza que les permita generar una contención para su hijo. Tanto los adolescentes como sus padres están transitando ansiedades y miedos. Ahí la importancia de poder contener a los padres. (Rotenberg, 2014).

Por otro lado Schroeder (2004) refiere que cada técnico, es apelado a cumplir los roles (de figura materna y paterna cuando están ausentes), ya que cuando los adultos – técnicos se prestan a la confrontación, los procesos vitales le ganan terreno al abandono. Un lugar que oficie de tercero, que habilite lugares, discriminando funciones.

Finalizando, estos lineamientos marcan un camino desde dónde poder pensar el rol parental en la adolescencia, y tomando lo último referido, poder reflexionar posibles tareas terapéuticas en el terreno de los vínculos entre padres e hijos adolescentes. El tema se encuentra en aras de construcción, y los planteos aquí desarrollados, son algunos insumos desde donde continuar en pos de poder comprender y problematizar las diversas cuestiones que conforman la parentalidad en la subjetividad adolescente.

Referencias Bibliográficas.

- Aberastury, A. (1959). El mundo del adolescente. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 3(1), 3–25. Recuperado de:
<http://www.apuruguay.org/apurevista/1950/168872471959030101.pdf>
- Aberastury, A. (1969). El adolescente y la libertad. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 11(2), 151-165. Recuperado de:
<http://www.apuruguay.org/apurevista/1960/168872471969110202.pdf>
- Bernardi, R. (2014) El tercero es también un segundo. *Revista de Psicoterapia Psicoanalítica*, 8(3), 88–99. Recuperado de:
<http://www.bvpspsi.org.uy/local/TextosCompletos/audepp/025583272014080307.pdf>
- Blos, P. (1991). *La transición adolescente*. Buenos Aires, Argentina. Ed. Amorrortu.
- Casas de Pereda, M. (1994). Función paterna en la familia en este fin de milenio. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 79-80, 67–92. Recuperado de:
<http://www.apuruguay.org/apurevista/1990/168872471994798007.pdf>
- Código de la Niñez y la Adolescencia. (2010). Ley N° 17.823. Uruguay. Recuperado de:
<file:///C:/Users/juanpa/Downloads/CodigoNinezYAdolescente2010-03.pdf>
- Fiorini, M. (1993). Adolescencia, identidad, crisis. *Revista de la Asociación de Psiquiatría y Psicopatología de la Infancia y Adolescencia*, 11, 22-26. Recuperado de:
<http://www.bvpspsi.org.uy/local/TextosCompletos/appia/079737211993111-204.pdf>
- Flechner, S. (2003). De agresividad y violencia en la adolescencia. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 98, 163–183. Recuperado de:
http://www.apuruguay.org/revista_pdf/rup98/rup98-flechner.pdf

- Garbarino, M. y Garbarino, H. (1961-1962). La adolescencia. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 4(3), 453–464. Recuperado de:
<http://www.apuruguay.org/apurevista/1960/1688724719611962040311.pdf>
- García, J. (2013). Los adolescentes, la declinación del patriarcado y las nuevas estructuras familiares. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 117, 129–136. Recuperado de:
<http://www.apuruguay.org/apurevista/2010/16887247201311708.pdf>
- Gil, D. y Núñez, S. (2002). *¿Por qué me has abandonado?: El psicoanálisis y el fin de la sociedad patriarcal*. Montevideo, Uruguay. Ed. Trilce. Recuperado de:
<http://www.trilce.com.uy/pdf/por-que-me-has.pdf>
- Grassi, A. y Córdova, N. (2010). *Entre niños, adolescentes y funciones parentales: Psicoanálisis e interdisciplina*. Buenos Aires, Argentina. Ed. Entreideas.
- Grupo de Investigación de Psicoterapia de niños y adolescentes. (2004). La paternidad difusa: ¿varios padres, ningún padre? *Revista de Psicoterapia Psicoanalítica*, 6(4), 147–150. Recuperado de:
<http://www.bvspsi.org.uy/local/TextosCompletos/audepp/025583272004060416.pdf>
- Guerra, V. (2000). Sobre los vínculos padres – hijo en el fin del siglo y sus posibles repercusiones en el desarrollo del niño. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 91, 138-159. Recuperado de: <http://www.apuruguay.org/apurevista/2000/1688724720009109.pdf>
- Guerra, V. (2004). Cambios en la paternidad: reflexiones sobre algunos efectos en el psiquismo del niño hoy. *Revista de Psicoterapia Psicoanalítica*, 6(4), 29–42. Recuperado de:
<http://www.bvspsi.org.uy/local/TextosCompletos/audepp/025583272004060403.pdf>
- Instituto Nacional del Niño y Adolescente del Uruguay (INAU). (2014). *Congreso Parentalidades y Cambios Familiares*. Recuperado de:
file:///C:/Users/juanpa/Downloads/9Parentalidades_y_cambios_familiares_Version_Final_7_de_mayo.pdf

Jersild, A. (1968). *Psicología de la Adolescencia*. Madrid, España. Ed. Aguilar S. A.

Kancyper, L. (1997). El chanco inteligente: La resignificación de las identificaciones en la adolescencia. *Revista de la Asociación de Psiquiatría y Psicopatología de la Infancia y Adolescencia*, (39–53). Recuperado de:
<http://www.bvpsi.org.uy/local/TextosCompletos/appia/079737211997000003.pdf>

Kancyper, L. (2004). Adolescencia y confrontación generacional: los afectos y el poder. *Revista de la Asociación de Psiquiatría y Psicopatología de la Infancia y Adolescencia*, 15, 92-112. Recuperado de:
<http://www.bvpsi.org.uy/local/TextosCompletos/appia/0797372120041509.pdf>

Kancyper, L. (2013). Adolescencia: el fin de la ingenuidad. *Querencia. Revista de Psicoanálisis*, 14, 45–55. Recuperado de:
<http://revista.psico.edu.uy/index.php/querencia/article/view/158/89>

Klein, A. (2002). *Imágenes Psicoanalíticas y Sociales del Adolescente: Condiciones de surgimiento de la adolescencia en la modernidad y el disciplinamiento adolescente en la posmodernidad*. Montevideo, Uruguay. Ed. Psicolibros.

Klein, A. (2004). *Adolescencia: un puzzle sin modelo para armar*. Montevideo, Uruguay. Ed. Psicolibros.

Le Breton, D. (2003). *Adolescencia bajo riesgo: Cuerpo a cuerpo con el mundo*. Montevideo, Uruguay. Ed. Trilce.

López de Caiafa, C. (2015). Efectos de las transformaciones familiares en el ámbito educativo. *V Coloquio Emergencia Social Psicoanálisis y Parentalidades*. C.D.I., A.P.U. Recuperado de:
<http://www.apuguay.org/sites/default/files/C-Caiafa-V-Coloquio-Emergencia-Social.pdf>

- Martin, C. (2003). La parentalidad: controversias en torno de un problema público. *Reporte entregado al Alto Consejo de Población y la Familia*. Recuperado de: <http://148.202.18.157/sitios/publicacionesite/pperiod/laventan/Ventana22/7-34.pdf>
- Müller, E. (2012). Adolescencia prolongada: Nuevas temporalidades. *Revista Controversias en Psicoanálisis de Niños y Adolescentes*, 11, 1-4. Recuperado de: <http://www.controversiasonline.org.ar/PDF/muller.pdf>
- Obiols, G. y Di Segni, S. (2007). *Adolescencia, posmodernidad y escuela secundaria: La crisis de la enseñanza media*. Buenos Aires, Argentina. Ed. Kapelusz Editora S. A.
- Oliva, A. (2006). *Relaciones familiares y desarrollo adolescente*. Anuario de Psicología. Facultad de Psicología. Universidad de Barcelona, 37(3), 209–223. Recuperado de: <http://www.raco.cat/index.php/anuariopsicologia/article/viewFile/61838/82584>
- Perdomo, R. (1996). *Enfoques con adolescentes*. Montevideo, Uruguay. Ed. Roca Viva.
- Rotenberg, E. (Comp). (2014). *Parentalidades: Interdependencias transformadoras entre padres e hijos*. Buenos Aires, Argentina. Ed. Lugar.
- Sallés, C. y Ger, S. (2011). Las competencias parentales en la familia contemporánea: descripción, promoción y evaluación. *Revista Educación Social*, 49, 25–47. Recuperado de: <http://www.raco.cat/index.php/EducacioSocial/article/viewFile/250177/369142>
- Schroeder, D. (2004). La confrontación adolescente hoy: Aspectos imaginarios y simbólicos. *Revista de la Asociación de Psiquiatría y Psicopatología de la Infancia y Adolescencia*, 15, 170–180.
- Servicio de Atención Psicológica Preventivo – Asistencial (S.A.P.P.A). (2011). *Voces de la clínica*. Montevideo, Uruguay. Ed. Psicolibros.

Tenenbaum, H. (2015). *Pensando desde el psicoanálisis parentalidades e instituciones públicas*. En V Coloquio “Psicoanálisis y Parentalidades”. Montevideo, Uruguay. Recuperado de: <http://www.apuruquay.org/sites/default/files/Coloquio-hebert-tenenbaum%2C.pdf>

Universidad de la República y Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia. (2015). Cambio familiar y bienestar de las mujeres y los niños en Montevideo y el área metropolitana. Recuperado de: http://www.unicef.org/uruguay/spanish/Cambio-familiar-y-bienestar_web.pdf

Viñar, M. (2009). *Mundos adolescentes y vértigo civilizatorio*. Montevideo, Uruguay. Ed. Trilce.

Viñar, M. (2011). Notas para pensar parentalidades y filiaciones en el mundo de hoy. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 112, 116–124. Recuperado de: https://issuu.com/mpeirano/docs/rup_112/116

Viñar, M. (2013). Avatares de la estructura familiar en el siglo XXI: La función paterna. Declinación/transformaciones. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 117, 137–160. Recuperado de: <http://www.apuruquay.org/apurevista/2010/16887247201311709.pdf>

Wechsler, E. (2013). Vigencia de la función simbólica paterna en las nuevas coyunturas familiares. *Revista Controversias en Psicoanálisis de Niños y Adolescentes*, 12, 85–94. Recuperado de: <http://www.controversiasonline.org.ar/PDF/anio2012-n13/ARTICULOS%20ARBITRADOS-WECHSLER.pdf>